

La reconstrucción de los enfoques críticos contemporáneos y el rol del espacio. Una visión desde la geografía¹

Paloma Puente Lozano

Universidad Carlos III de Madrid

Departamento de Humanidades: Historia, Geografía y Arte

ppuente@hum.uc3m.es



Recepción: mayo 2010

Aceptación: noviembre 2010

Resumen

El artículo reflexiona sobre la manera en que se han movilizado ciertas categorías espaciales en la teoría social y cultural contemporánea, y se centra en el papel clave que éstas han desempeñado en la reconstrucción de los enfoques críticos, así como en la reciente reformulación de nuevas ideas sobre lo político. Tomando como punto de partida el reconocimiento del tipo de proyectos políticos y epistémicos que estas categorías han permitido articular, el objetivo es examinar algunas de las consecuencias que sus usos han tenido para la disciplina, y en qué medida han trastocado formas previas y establecidas de «imaginación geográfica».

Palabras clave: espacio; enfoques críticos; postestructuralismo; geografía crítica anglosajona.

Resum. *La reconstrucció dels enfocaments crítics contemporanis i el paper de l'espai. Una visió des de la geografia*

L'article reflexiona sobre la manera com s'han mobilitzat determinades categories espacials en la teoria social i cultural contemporània, i se centra en el paper clau que aquestes han tingut en la reconstrucció dels enfocaments crítics, així com en la reformulació recent de noves idees sobre el que és polític. Prentent com a punt de partida el reconeixement del tipus de projectes polítics i epistèmics que aquestes categories han permès articular, l'objectiu és examinar algunes de les conseqüències que els seus usos han tingut per a la disciplina, i en quina mesura han trastocat formes prèvies i estableertes d'«imaginació geogràfica».

Paraules clau: espai; enfocaments crítics; postestructuralisme; geografia crítica anglosaxona.

Résumé. *La reconstruction des approches critiques contemporaines et le rôle de l'espace. Le regard de la géographie*

Cet article est une révision critique des catégories spatiales dans la théorie contemporaine. Il prend en considération le rôle central qu'elles ont joué dans la reconstruction des approches critiques, ainsi que dans la reformulation récente de nouvelles idées sur la politique. À partir

- Este artículo forma parte de una investigación doctoral más amplia que, bajo el título «Cambios en las imaginaciones geográficas contemporáneas. Una crítica epistemológica», aborda detalladamente algunos de los problemas del pensamiento geográfico actual, especialmente el anglosajón.

de la reconnaissance de ces projets politiques et épistémiques que ces catégories sont autorisés à s'exprimer, l'objectif est d'examiner certaines des conséquences de leur utilisation pour la discipline, et dans quelle mesure ont perturbé les formes antérieures «d'imagination géographique».

Mots clé: espace; approches critiques; poststructuralisme; géographie critique Anglo-saxonne.

Abstract. *The reconstruction of contemporary critical approaches and the role of space. A view from Geography*

The paper pretends to assess critically the way spatial categories have been used within contemporary social theory, focusing on their key role in the renewal of critical approaches and ideas about politics. Taking into account the nature of the political and epistemic projects that those terms are committed to, the paper attempts to analyze how the use of those terms have impacted in Geography and to what extent certain established geographical imaginations have been disrupted through this process.

Key words: space; critical approaches; poststructuralism; Anglo-American critical geography.

Sumario

- | | |
|--|--|
| 1. Introducción | 4. Viajes que desestabilizan el espacio.
El problema de la jerarquía espacial |
| 2. El protagonismo de la jerga espacial en
el pensamiento contemporáneo | Agradecimientos |
| 3. El «suelo» de las metáforas,
o de cómo pensar el espacio | Referencias bibliográficas |

1. Introducción

Tal y como el geógrafo Anssi Paasi ha argumentado, en cada momento histórico ciertas categorías pasan a ser consideradas como «condensaciones conceptuales de una era, y están a menudo respaldadas por palabras a las que se atribuye la capacidad de abrir horizontes más detallados para examinar el mundo social» (Paasi, 2008: 406). Este parece ser el caso de las categorías espaciales en nuestra época². Su éxito responde a una amplia gama de factores, y su uso presenta cronologías y significaciones distintas, lo que hace que la cuestión sea especialmente difícil de abordar. En cualquier caso, es innegable el importante eco que el uso de estos términos ha tenido en la «teoría contemporánea» —o, más bien, en una particular forma de discurso teórico devenido género «global»,

2. Para un amplio e interesante análisis de esta radicalmente diversa presencia de las categorías o los tropos espaciales en el pensamiento contemporáneo, véase Crang y Thrift (2000) o Paquot y Younès (2009), pues estas obras ofrecen un análisis del uso particular que distintos autores han hecho de esas categorías, con un tratamiento detallado que aquí no es posible darle a la cuestión.

pero que, al cabo, no es sino un producto típico de las universidades anglosajonas (Cusset, 2003 [2008]) y ejemplo de ciertos modos contemporáneos de producción, difusión y legitimación del conocimiento (Berg, 2004), así como del «prestigio» contemporáneo que ha adquirido la «teoría» (Favell, 2001).

A pesar de la heterogeneidad de contextos en que han sido movilizadas dichas categorías espaciales, existe un amplio suelo común que permite analizarlas en su conjunto. Así, toda vez que ha sido dado por sentado que la globalización ha «fracturado» (Urry, 2000: 32) e invalidado las metáforas que hasta el momento habían sido las dominantes para pensar la vida social, tales términos espaciales han ido ganando protagonismo. Por una parte, han encajado perfectamente con esa demanda actual de maneras más dinámicas y móviles (Shields, 1997) de teorizar las transformaciones del mundo contemporáneo, y, por otra, han permitido canalizar el malestar contemporáneo hacia las formas modernas de conocimiento, identidad y subjetividad y, por tanto, construir el armazón de la crítica posmoderna.

En virtud de la legitimidad que han ido adquiriendo dichas categorías espaciales, se ha producido una rápida difusión y multiplicación de usos en los más variados ámbitos discursivos. Como consecuencia, éstas no sólo se han transformado rápidamente en algo así como términos «atrápalo todo», sino que han «copado» las formas hegemónicas de descripción del mundo global. La falta de atención a las particularidades geohistóricas y las desigualdades de las nuevas configuraciones sociales, que ciertos discursos teóricos sobre la globalización demuestran, han sido a menudo atribuidas al uso, bien «metafórico», bien abstracto y homogeneizador, de dichas categorías. Por ello, éstas cada vez más están siendo objeto de contestación y de un detallado escrutinio, especialmente en cuanto al tipo de imaginaciones geográficas que movilizan, y en qué medida éstas pueden llegar a reproducir o crear nuevas condiciones de opresión epistémica, social, etc., al igual que ciertas categorías anteriores.

Desde una perspectiva sensible a las dimensiones ideológicas y normativas de la construcción teórica, es posible clarificar algunas de estas cuestiones. Así, el presente trabajo toma en consideración y discute los argumentos de ciertos geógrafos críticos anglosajones que han participado de esta contestación a determinados usos de categorías espaciales a lo largo de la década de 1990. Se avanzan aquí algunas hipótesis acerca de, en primer lugar, cuál ha sido el papel que estas categorías han desempeñado en las transformaciones epistemológicas recientes, así como en la reconstrucción de los enfoques críticos y de nuevas formas de entender lo político. En segundo lugar, cuáles son los efectos que esto ha tenido en las formas de teorización geográfica dominante (Simonsen, 2004) y en la propia actitud de los geógrafos hacia algunos de sus conceptos centrales³.

3. Hay que matizar que el contexto académico y geográfico de los debates de los que aquí nos ocupamos es el anglosajón, pero las repercusiones del mismo también se han dejado notar en otros ámbitos, como el francés o el iberoamericano, aunque aquí no los abordemos. Como ejemplos de esta literatura no tratada aquí, pero que sí ha incorporado estas cuestiones, o de las voces que, desde otras tradiciones geográficas distintas a la anglosajona, se han sumado a este debate, se pueden citar: Lévy (1999), Staszak et al. (2001), Castro Nogueira

El artículo persigue, de esta manera, aclarar los términos y las posturas del debate, y qué es lo que está en juego en esa suerte de diálogo (lleno de dificultades, por carecer quizás del suficiente terreno común para la discusión) que se ha dado entre los geógrafos y los «nuevos espacializadores» —como Soja y Hooper (1993: 197) han llamado a los teóricos culturales, filósofos y otros críticos contemporáneos que han explorado el espacio de maneras a las que la geografía no estaba acostumbrada.

El análisis de los materiales aquí manejados se estructura *a través de* la forma en que el debate ha tenido lugar en la geografía y presta atención sobre todo al tipo de posturas en que se ha concretado dicho debate en nuestra disciplina. Es decir, se ofrece una visión *desde* la geografía acerca de algunas de las consecuencias que la difusión de los vocabularios e imaginarios espaciales en las ciencias sociales y humanas han tenido, o, al menos, cómo han sido percibidas por la comunidad geográfica. Por esta razón, se concede en el artículo un protagonismo especial a las aportaciones de los geógrafos y se reflexiona sobre dicha hegemonía reciente de la jerga espacial *a partir* de los posicionamientos que los geógrafos han tomado respecto a esta cuestión, especialmente acerca de las posibilidades que han visto en ello para el diálogo con esos «nuevos» pensadores del espacio.

Si bien veremos que las disputas entre, por un lado, los geógrafos más favorables a los enfoques posmodernos o a las nociones postestructuralistas del espacio y, por otro, los geógrafos neomarxistas reflejan, y redoblan o completan de alguna manera, las posturas generales del debate tal y como se ha producido en las ciencias sociales en toda su amplitud, existen diferencias que deben matizarse. Este enfoque disciplinario condiciona la presentación que aquí hacemos de esta serie de materiales heterogéneos, y debe ser, por tanto, completada con el tratamiento que se ha dado a este uso de la jerga espacial desde otros enfoques no centrados en nuestra disciplina (por ejemplo, Paquot y Younès, 2009, o Warf y Arias, 2009).

2. El protagonismo de la jerga espacial en el pensamiento contemporáneo

En la actual literatura sobre la globalización y sus efectos, son constantes las alusiones a la creciente importancia de la movilidad, los medios de transporte y las redes tecnológicas de comunicación e información, y a cómo esto ha supuesto un cambio profundo en la configuración de las tradicionales unidades geográficas, sociopolíticas y culturales, y ha llevado una rápida transición

(1997), Herrera y Piazzini (2006), Hiernaux y Lindón (1993) o Lindón (2007). En dichas tradiciones, algunos de los más importantes cambios en la concepción de las categorías geográficas tradicionales (espacio, región, territorio) no se han producido por las mismas vías o en conexión con fuentes similares a las que aquí se citan, ni siquiera se han enmarcado necesariamente en el contexto del debate posmoderno, como en el caso anglosajón. No obstante, y aunque se haya producido por otros medios, la influencia de los postulados del constructivismo social ha sido igualmente determinante en los cambios que han tenido lugar en las últimas décadas en dichas tradiciones (cfr. Di Méo, 1998 y Di Méo y Buléon, 2005).

desde un sistema jerárquico, contiguo y bien definido espacialmente, hasta un modelo reticular y fracturado, de escala y de topologías variables.

Efectivamente, dada la inserción cada vez mayor, aunque desigual, de los grupos sociales en redes globales de amplio alcance, se están produciendo nuevas formas de conexión e hibridación (de personas, de objetos, de signos, etc.), así como una amplia reconfiguración translocal o «postterritorial» de las formaciones culturales y espaciales. La extraordinaria mezcla de los distintos tipos de movimientos (la inmigración, el turismo, los diferentes tipos de flujos globales, las conexiones interestatales, etc.) en que se sustenta dicho panorama, ha sido percibida como la arquitectura básica de estos ordenamientos contemporáneos y de su trama geográfica y social. Así, la supuesta «líquidez» que le es intrínseca a este nuevo modelo ha sido elevada a la categoría de símbolo o metáfora central de la condición contemporánea (los trabajos de Zygmunt Bauman quizás sean el ejemplo más evidente de esto).

El desbordamiento de estos tropos hacia otros ámbitos teóricos y su mutua fertilización con términos espaciales similares que ya habían sido adoptados anterior o paralelamente por otras vías, ha consolidado potentes imaginarios geográficos «móviles», «diaspóricos» o «nomádicos», de amplia difusión en la literatura teórica contemporánea⁴. La presencia de estas nociones en los debates contemporáneos, lejos ya de su significado y de su tratamiento clásicos, ha servido para redirigir la atención hacia la cuestión de la heterogeneidad y la diversidad, así como para establecer nuevas formas de entender la identidad desde la diferencia, el cambio y la mezcla, pues se ha asumido que estos son los principios que rigen los procesos culturales propios de la posmodernidad, imposibles ya de clasificar según las viejas dicotomías modernas (natural-artificial, etc.).

Este predominio de las categorías espaciales —y sobre todo aquellas que evocan movimiento— en los discursos acerca de la identidad y la cultura contemporáneas debe comprenderse, por tanto y en primer lugar, en relación con este contexto señalado de los cambios materiales y sociales propios de la globalización.

En segundo lugar, la omnipresencia de ese *crazy talk* —como lo llamó M. Morris (1996)— que nos ha acostumbrado a expresiones como *mapping*, *cultural locations*, *subject positions*, *bordering*, *spacing*, *placing*, *deterritorialization*, etc., es parte integral de los nuevos discursos *críticos* y de la manera en que algunos de estos han organizado sus estrategias de resistencia y lucha⁵.

4. Véanse Bhabha (1994) o García Canclini (1995), como ejemplos de este tipo de discursos, aunque sus nociones de *Thirdspace* y de hibridez en absoluto agotan la riqueza y la diversidad de esos nuevos imaginarios espaciales predominantes en las formas de investigación social contemporánea. Por el contrario, si limitaremos aquí nuestra atención a aquellas nociones que los geógrafos han discutido o han considerado más polémicas o productivas para la disciplina, como matizaremos más adelante.
5. Subrayamos inicialmente esta conexión entre la apelación a lo espacial y los «enfoques críticos», refiriéndonos a estos últimos en un sentido amplio, incluyendo en dicha denominación posturas epistemológicas que, aunque distintas, ocupan todas el espacio de la autodenominada «izquierda académica». Usamos aquí este sentido amplio de «crítico/radical» precisamente porque, tras señalar ciertos elementos o impulsos comunes en esas posturas y en su interés

Estos términos no sólo han pasado a ser «metáforas cruciales» (Kaplan, 1987: 192) en la reflexión sobre la diferencia y las nuevas formas de definir la subjetividad, sino que, además, han sido concebidas como «palanca de cambio» para abrir horizontes discursivos que permitan establecer nuevas vías de exploración de la «construcción» de las identidades políticas.

En todos estos nuevos discursos, por tanto, el uso de dichas nociones espaciales recoge, sintetiza y amplifica una historia de resistencia y lucha contra las categorías modernas dominantes, y contra las formas de opresión epistémica, política y social que éstas habrían permitido y perpetuado (Sibley, 1988). Así, el denominado «descentralamiento del sujeto» y su reconstrucción desde una visión contraria a la «unidad» y la «fijeza» que el pensamiento moderno le otorgaba, aportan una comprensión de la subjetividad como algo contingente, fluido, sin esencia fija, inmerso en un constante proceso de devenir, y fruto de una siempre complicada trama de relaciones y sujetaciones. Las categorías espaciales han aparecido como un medio privilegiado para materializar ese rechazo a toda noción unitaria y cerrada de identidad, marcada por la idea de «origen» o construida sobre una filosofía de la historia. Estas categorías son ahora reivindicadas como portadoras de un amplio potencial «emancipatorio» y como una «fuerza creativa de cambio». Así, por ejemplo, en la teorización sobre las nuevas «geografías de la resistencia» (Pile y Keith, 1997) y de las dinámicas de los movimientos sociales contemporáneos, puede verse claramente cómo se ha concretado este rol crítico atribuido al espacio del que hablamos⁶.

Por otra parte, el abandono de las categorías temporales en favor de vocabularios espaciales (Soja, 1989) está estrechamente relacionado, en el plano epistemológico, con la crítica a las grandes nociones modernas de conocimiento y a la propia idea de representación, especialmente por aquello que tienen de etnocéntrico, esencialista y pretendidamente universal y objetivo. El poder disruptivo que han tenido estas categorías espaciales ha afectado profundamente a la manera en que se concibe la teoría y su trabajo (esto es evidente en la obra de Deleuze y Guattari, por ejemplo), y es justo esa capacidad para desestabilizar la hegemonía de ciertas estructuras conceptuales y el *corpus* de conocimiento heredado en los discursos modernos, lo que ha concedido valor, a lo largo de todo el espectro de las ciencias sociales y las humanidades, a esta invocación a la espacialidad.

por lo espacial, pretendemos centrar luego la discusión en torno a las «diferencias menores» que se dan entre ellas, ya que, precisamente, la controversia más profunda que existe sobre la definición, fijación y legitimación de los dos términos de ese debate (lo espacial y lo crítico) es clave para entender las cuestiones tratadas en este artículo.

6. Cfr. Mogel y Bhagat (2007) y Cobarrubias y Pickles (2009), donde se pone de manifiesto la enorme productividad de estas metáforas espaciales para generar nuevas formas de comprensión y articulación de la lucha política. Asimismo, demuestran ampliamente cómo el uso de prácticas cartográficas por parte de ciertos grupos les ha permitido «refigurar las relaciones de poder que estructuran la vida socioespacial y volver a cartografiar los espacios sociales de la vida cotidiana en formas que produzcan *nuevos sujetos políticos*» (Cobarrubias y Pickles, 2009: 42, cursiva nuestra).

Así ha sido reconocido por los propios geógrafos⁷, y éste es uno de los principales sentidos en que tiene que evaluarse el rol de todas esas imágenes espaciales: como «nuevas ficciones políticas» y poderosas «figuraciones» simbólicas (Braidotti, 1994: 4), que son descriptivas y desiderativas a la vez. Esto es, no sólo capturan los cambios producidos en las subjetividades contemporáneas, sino que, además, a través de estas metáforas —ciertamente performativas—, se ha tratado de dar forma a un nuevo proyecto político crítico y radical⁸.

Esa doble dirección en que se concreta el «poder explicativo» de la retórica espacial es central para comprender, en toda su profundidad, el significado de la presencia de tales términos en la literatura teórica contemporánea y, sobre todo, para subrayar la compleja relación entre los distintos niveles (material, metafórico, etc.) en que funcionan tales términos. De esta manera, el valor de esas incursiones teóricas, discursivas, metafóricas, etc., en el espacio de las que aquí estamos hablando⁹, no puede apreciarse sin prestar la debida atención al calado simbólico y a la dimensión normativa de las operaciones que este tipo de discursos realizan: abren lugares de reconocimiento y resistencia en los que definir a los sujetos en maneras alternativas, y con ello permiten nuevas posibilidades de afiliación y alianza mediante el propio reconocimiento de la diferencia (Upstone, 2009: 9-13).

Estas categorías han sido pensadas, pues, como portadoras de una importante capacidad para reconfigurar el espacio de las posibilidades teóricas en que los sujetos han sido pensados. Al haber aportado un nuevo «potencial utópico» (cfr. Soja y Hooper, 1993; hooks, 1990; Harvey, 2005: 244) y señalado nuevos lugares de creación de subjetividad, han permitido realizar una importante reordenación teórica del ámbito de lo político.

7. Por ejemplo, Harvey ha tomado seriamente en consideración algunos de los argumentos postestructuralistas en la última década (1996: 9, 111, 346; 2000, 2005, 2006); también Smith (1992: 60-64; 2001b: 22), o, más explícitamente, D. Gregory (1994), cuya obra es un claro ejemplo del compromiso con estos distintos *corpus* teóricos críticos, y cuya obra *Geographical Imaginations* él mismo definió como «viajes transdisciplinares hacia el espacio profundo» (1994: 69). Mención aparte merecerían, por supuesto, los trabajos de E. Soja (1996, 2010).
8. Proyecto que, a su vez, ha modificado, en esta compleja relación entre lo espacial, lo político y lo crítico, la concepción de cada uno de esos elementos, con respecto a otras anteriores, como la marxista. Véanse los recientes trabajos de J. Pugh (2009a, b) y del grupo Spaces of Democracy and the Democracy of Space sobre las nuevas formas de entender la idea de *radical politics* desde el denominado «giro espacial», y sobre las distintas preguntas que éste último abre respecto a las nuevas maneras de entender los espacios mismos de la política.
9. Y, en concreto, aquellas a las que los geógrafos han prestado más atención; por ejemplo: la reapropiación que E. Soja hace de autores como M. Foucault, E. Said, G. Spivak, bell hooks, E. Grosz, G. Anzaldúa, etc. (Soja, 1996); la exploración de la retórica espacial propia de Deleuze y Guattari, en la que ciertos geógrafos postestructuralistas se han embarcado (Doel, 1999; Bonta y Protevi, 2004); el interés de D. Massey por los trabajos de E. Laclau y C. Mouffe (Massey, 1993); o de G. Rose por L. Irigaray, T. de Lauretis, I. M. Young (Rose, 1993, 1995, 1996).

Esta aportación, por supuesto, no ha estado exenta de problemas. Al contrario, parte de la polémica en torno al rol central que han tenido las categorías espaciales en la reconstrucción contemporánea de los enfoques críticos y de las políticas radicales estriba en el controvertido desplazamiento que éstas han generado, tanto en el propio significado del espacio, como en el objeto mismo de la lucha política, es decir, en torno a *qué y cómo* organizarla¹⁰.

A pesar del valor que, en justicia, se le ha reconocido al uso de estas categorías, precisamente por lo que ya hemos apuntado, no se hicieron esperar las críticas que, desde determinados ámbitos (como los estudios feministas y poscoloniales o «subalternos», o la geografía radical marxista anglosajona), se han hecho a algunos de estos usos. En particular, dos han sido las principales acusaciones:

- 1) Su carácter abstracto y descontextualizado y, de ahí, todo el problema de la referencialidad en el uso de tales conceptos, al haber sido estos supuestamente invocados de manera meramente metafórica (cfr. Miller, 1993; Zizek, 2007: 62).
- 2) La reproducción que conllevan de ciertos sesgos, en el fondo profundamente modernos. Esto se habría debido a los propios excesos de la forma «hipertransgresora» (Shands, 1999: 86) con que han sido empleadas algunas de estas metáforas, y que han conllevado nuevas formas de mitificación de prácticas contemporáneas (las relacionadas con el desplazamiento, especialmente). De ahí que alguna autora haya hablado incluso del riesgo que se corre usando así estas metáforas de reinventar la moderna «visión trascendental desde ninguna parte», convertida esta vez en «el sueño de estar en todas partes» (Bordo, 1990: 142-143. Cfr. también con Wolff, 1993; Kaplan, 1996).

En ambas críticas, la denuncia común es la falta de sustrato material, tanto geográfico como sociológico, que estas formas de usar las categorías espaciales presentan. Por ello, se ha acusado a muchos de los discursos culturales sobre la globalización, y a su retórica espacial, de generar un peligroso efecto homogeneizador, ya que no se diferencia adecuadamente entre los distintos grupos sociales implicados en los procesos globales a los que se alude con estas categorías («hibridez», «terceros espacios», «desterritorialización», «identidades nómadas», etc.), ni se contempla cómo estos grupos son afectados desigualmente por dichos procesos (Cresswell, 1997, 2001)¹¹.

10. Cfr. Eagleton (2003) o Zizek (2002, 2007) sobre los cambios que han introducido los nuevos discursos teóricos en las formas clásicas marxistas de lucha política. Esto, como veremos, ha afectado de lleno a la raíz misma de las posturas críticas en geografía, creando no pocas polémicas entre neomarxistas y «neocríticos», como ha llamado N. Smith a todos aquellos que han «abrazado» la causa posmoderna, sus formas de lucha política y buena parte del ideario epistemológico y ontológico postestructuralista aquí señalado.
11. A este respecto, S. Zizeck ha denunciado, con su típico tono agrio y combativo, la confusión de distintos planos político-sociales implicada en algunos usos de este imaginario de celebración de la diferencia, pues para determinados grupos sociales, «perder las formas

Este «a menudo abusivo uso de la metáfora de flujo» (Cobarrubias y Pickles, 2009: 58), que reubica los conceptos espaciales dentro de las categorías líquidas desde las que se ha construido la imagen predominante de la «condición contemporánea», ha sido criticado por estar produciendo nuevos «grandes relatos», naturalizando así ciertos rasgos o procesos inherentes en la globalización, y simplificando profundamente las complejas y desiguales realidades territoriales que la globalización misma estaría generando¹².

Aunque no podemos detenernos aquí en esta cuestión, entender las nuevas formas de territorialización de las identidades de los grupos sociales bajo las condiciones de la globalización resulta clave para darse cuenta de la importancia del espacio y la movilidad (en tanto que nuevos factores de diferenciación social) en los procesos de cambio cultural y en la producción de la diferencia geográfica y de las dinámicas territoriales actuales. En este sentido, la mayoría de estas críticas reflejan una renovada preocupación acerca del hecho de que, con este tipo de conceptos o metáforas espaciales, se produzca una «desmaterialización» (cfr. Philo, 1999) de las formas de comprender los procesos espaciales¹³.

de vida tradicionales supone un gran trauma que trastoca toda su existencia» y esas especulaciones acerca de «lo híbrido, de una identidad que fluctúa a lo largo del día, [de una existencia que] es en sí misma migrante, que nunca es idéntica a sí misma, etc., es de un cinismo semejante al de la exaltación (en su versión vulgarizada) de Deleuze y Guattari del sujeto esquizoide, cuya rizomática y pulverizada vida haría estallar la pantalla protectora, paranoide y “protofascista”, de la identidad fija y estable [...] Lo que para el (in)migrante pobre es una situación de extremo sufrimiento y desesperación, el estigma de la exclusión, la incapacidad de participar en la vida de la comunidad, se celebra —por parte del distante teórico postmoderno, adaptado y “normal”— como la definitiva aceptación de la máquina subversiva del deseo» (Zizek, 2007: 62).

12. Sobre los límites de estas posturas que dan «prioridad ontológica» a los «flujos» y lo móvil en la descripción de las realidades contemporáneas, véase Harvey (1996: 7-10, 347), quien argumenta que esto impide comprender la «construcción de las permanencias» que dan orden a las sociedades. Un análisis interesante a este respecto es el reciente trabajo de M. Sparke (2005), donde examina detalladamente, poniéndolas a funcionar en contextos geográficos específicos, algunas de estas categorías (la de *thirdspace*, de H. Bhabha, o las de los diferentes *scapes*, de A. Appadurai), con el fin de hacer evidente el hecho de que muchos de los discursos culturales sobre la «desterritorialización» generan imágenes insuficientes o inexactas en cuanto a las consecuencias territoriales de los procesos examinados, sobre todo en lo referente a los estados nación.

Véanse también Barros y Zusman (1999, 2000).

13. Esta «preocupación materialista», es decir, el cómo se defina la imbricación de lo material y lo espacial, y en base a qué tipo de materialismo se haga, es una cuestión teórica ya más compleja, aunque central para evaluar las implicaciones del denominado «giro espacial». Precisamente este último se ha interpretado a menudo como parte de un proyecto más amplio de creación de un «pensamiento material» sobre la realidad social (Thrift, 2006). En las teorizaciones actuales de la idea de espacio, encontramos, al menos, dos formas distintas de materialismo: las nuevas ontologías espaciales de tipo relacional (Massey, 2005), estrechamente vinculadas con ideas postestructuralistas sobre la constitución de lo material (cfr. Bonta y Protevi, 2004); y las formas actualizadas de materialismo dialéctico histórico-geográfico (Harvey, 1996). En este artículo nos centraremos sólo en las segundas.

3. El «suelo» de las metáforas, o de cómo pensar el espacio

La manera en que esta preocupación se ha manifestado más específicamente dentro de la geografía está estrechamente emparentada, no obstante, con esa actitud general de «sospecha de las metáforas» y de acusación de idealismo que hemos detectado en los dos tipos de críticas recién mencionadas, formuladas desde distintos ámbitos de las ciencias sociales, pero a menudo más o menos vinculadas con formas renovadas de materialismo histórico. Así, la que quizás sea la forma más interesante en que se ha concretado, sobre todo entre los geógrafos neomarxistas, la crítica a los usos actuales (donde «usos actuales» es equiparado por ellos, quizás abusivamente, a usos posmodernistas o postestructurales) de las nociones y de los términos espaciales, alude explícitamente a lo siguiente: a la supuesta perdida de *poder explicativo* de lo espacial, en tanto que éste es siempre «determinante material de la acción social» (Sparke, 2005: 57).

A juicio de algunos de estos geógrafos, el auténtico potencial crítico de los conceptos espaciales deriva del énfasis que permiten poner en lo material; en consecuencia, el protagonismo que en los usos actuales de lo espacial cobran las dimensiones simbólicas, imaginarias, discursivas, etc., del espacio, supondría que su valor epistemológico se vea debilitado (esa era, al menos, la preocupación).

Este argumento, paradigmáticamente sintetizado en la fórmula *grounding metaphors*, de C. Katz y N. Smith (1993)¹⁴, constituyó una temprana llamada de atención, dentro de la comunidad geográfica, sobre la necesidad de: 1) dar un sustrato material a esas metáforas espaciales, y utilizar dichos términos de manera contextualizada y fundada (*grounded*) en las realidades socioeconómicas y culturales a las que hacían referencia; 2) emplearlos reflexivamente, es decir, examinando las nociones de espacio subyacentes en esos diferentes discursos y vocabularios «espacializados», o que de una manera u otra evocan.

Con ello, se intentaba poner de relieve el carácter en el fondo problemático y ampliamente contestado del tipo de imaginarios espaciales «ocultos» en tales

14. Posturas similares encontramos, en ese mismo momento, en Bondi (1993), Pratt (1992), Massey (1993), Reichert (1992), Keith y Pile (1993). El principal escollo de todas estas formas de argumentación similares radica en la falta de precisión y especificación, por parte de estos autores, respecto del tipo de usos (metafóricos, conceptuales o sustantivos) que se ha hecho de los términos espaciales a los que se refieren y que tratan de criticar, por lo que han tendido a englobarlos todos, sin distinción, bajo la acusación de «metaforización». Debido a este problema, abordaremos el fenómeno en su totalidad (haciendo las pertinentes distinciones sólo cuando sea posible), pues es cierto que, bien sea a través del supuesto uso «metafórico» de las tradicionales categorías geográficas («espacio», «lugar», «paisaje», «región» o «territorio»), bien debido a la introducción de nuevos conceptos espaciales («*Thirdspace*», «*etnoscape*», «espacios de la dispersión», «heterotopías», etc.), o bien por la reciente «espacialización» que se ha llevado a cabo de nociones (como las de «sujeto», «conocimiento», «texto») que tradicionalmente eran definidas en términos temporales o de otro tipo, el resultado general ha sido una transformación significativa del campo semántico de lo espacial, y eso es lo que ha preocupado a la mayoría de los geógrafos y les ha llevado a preguntarse en qué situación dejaba esto a las tradicionales preocupaciones materiales, medioambientales, etc., de los geógrafos (Driver, 1995: 130).

discursos, y, por tanto, en las nuevas formas de «espacializar» la subjetividad, la identidad y el conocimiento (cfr. Katz y Smith, 1993: 77; Harvey, 1996: 4-9). Asimismo, estas críticas ponían en evidencia la «superficialidad» de buena parte de la literatura que se estaba presentando a sí misma como exponente del denominado «giro espacial». Mostraban, de esta manera, las no pocas dificultades que verdaderamente supone la incorporación plena de lo espacial al cuerpo mismo de la teoría social y cultural: algo que no puede llevarse a cabo correctamente sin una profunda, y previa, teorización del espacio. Trabajo, por otra parte, que algunos de estos mismos geógrafos hacía años que estaban llevando a cabo, pero que, sin embargo, fue aparentemente ignorado por los nuevos teóricos culturales que empezaban a mostrar interés en cuestiones espaciales o a servirse de nociones espaciales para distintos fines (cfr. Massey, 1993)¹⁵.

Dicho en otros términos: estos geógrafos criticaron especialmente que apenas se hubiese cuestionado la naturaleza del espacio sobre el que se pretendió «cartografiar» y trazar las «localizaciones» (epistémicas, identitarias, sociales, etc.) de los sujetos contemporáneos o de los procesos globales, ya que, simplemente, ese espacio se dio por sentado en muchos de los discursos que estaban floreciendo en aquel momento.

Como hemos visto hasta aquí, la mayoría de las críticas han venido recientemente por el lado de los «excesos» que para la conceptualización del espacio suponen las ontologías fluidas, y de cómo ciertas categorías geográficas han sido incorrectamente utilizadas dentro de los discursos posmodernistas, sobre todo los relacionados con la globalización¹⁶. La misma actitud de escrutinio de las «imaginaciones geográficas» movilizadas en los discursos socioculturales se dio en los primeros geógrafos que trajeron esta cuestión muy a principios de los años noventa, y cuyos argumentos examinaremos en esta sección. Sin embargo, dichos geógrafos se concentraron inicialmente más bien en aquellos lenguajes espaciales que, a pesar de su novedoso uso, seguían, a su juicio, sin embargo, anclados en, y perpetuando, una visión estática y pasiva, típicamente moderna al fin y al cabo, del espacio (Katz y Smith, 1993). En dichos modelos explicativos de la realidad social, mientras que el tiempo presenta un carácter dinámico, se asume, sin embargo, «una estructura espacial estable e inmutable compuesta de entidades y permanencias» (Harvey, 1996: 111).

Estos geógrafos abordaron, por tanto, *sólo* uno de los distintos tipos de operaciones, anteriormente señaladas, que se habían llevado a cabo en la teoría social y cultural contemporánea en relación con el ámbito semántico o material

15. No es en absoluto casual este hecho de que algunos de los geógrafos que, en las últimas décadas, más activamente han participado en la teorización de las principales categorías geográficas sean también los que más enérgicamente hayan intervenido en este debate. Así, D. Harvey (2001: 230), comentando el modo «ampliamente inapropiado» y metafórico en que la teoría literaria usa algunos términos cartográficos y espaciales, defiende que «parte de nuestro trabajo académico es situar tales transferencias de pensamiento [...] en un terreno razonablemente sólido».
16. Para un ejemplo de este tipo de críticas, véanse los trabajos de O'Tuathail, 1998; Kelly, 1999; Elden, 2005; Yeung, 1998.

de lo espacial, y sin detenerse excesivamente, en cualquier caso, en detallar las fuentes, los autores o los ejemplos a los que se referían, en un argumento, sin embargo, con claras pretensiones generalizadoras¹⁷.

En este sentido, tal y como Katz y Smith detectaron (generalizando la acusación, insistimos, de manera poco discriminativa), el problema de estos usos actuales estriba precisamente en la paradoja de que mientras que:

[...] el extendido atractivo de las metáforas espaciales parece resultar, de hecho, del radical cuestionamiento de todo lo demás, de un descentramiento y desestabilización de las realidades y asunciones anteriormente fijas; el espacio ha quedado ampliamente exento de tal escrutinio escéptico precisamente para que pueda mantenerse constante y proporcione cierta apariencia de orden en un mundo de ideas por lo demás a la deriva [...]. La apropiación acrítica del espacio absoluto como fuente de metáforas impide el reconocimiento de las múltiples cualidades, tipos, propiedades y atributos del espacio social, su absolutismo construido y su relacionalidad. (Katz y Smith, 1993: 79-80)

El punto central de su argumento es que ciertos términos espaciales, tal y como son usados *metafóricamente*, según estos autores, en los discursos contemporáneos, no hacen sino contribuir a la «naturalización» de los procesos (económicos, sociales, etc.) que construyen el espacio al que estos hacen referencia, invisibilizando dichos procesos, pues enmascaran sus fundamentos materiales. Al quedar el espacio incuestionado, por tanto, se refuerza la visión de su supuesto «carácter inerte» (*deadness*), y se impide, a su vez, una correcta comprensión del rol que el espacio verdaderamente desempeña en la construcción y en la reproducción de esas realidades socioculturales, «negándonos [así] los conceptos espaciales apropiados para analizar el mundo» (Smith, 1984 [1991]: 169).

El propio N. Smith ya había tratado el problema anteriormente¹⁸, con el fin de dejar claro que no debía verse en este tipo de crítica una concepción meramente dualista del espacio (una postura de defensa estricta de la separación entre esas dos concepciones, material y metafórica); ni entenderse ésta como una negación de la importancia de la dimensión metafórica o discursiva del espacio. Antes bien, la crítica se dirigía contra: 1) aquellos «usos irreflexivos de las metáforas espaciales» (Smith, 1992: 63), que no prestan atención a la fuente (*source domain*) de la que se extraen dichas metáforas, y, por tanto, reproducen en su uso las «asimetrías de poder» ocultas en esos discursos; y contra 2) el hecho de que esa forma de utilizar las imágenes espaciales acaba favoreciendo la dimensión metafórica del

17. Buena parte de las dificultades para abordar esta cuestión y para sentar las bases de un verdadero diálogo entre los geógrafos y esos «nuevos espacializadores» derivan de este hecho, así como de las confusiones que han generado la falta de precisión y ciertos equívocos, que aquí analizaremos, implícitos en dicho argumento.
18. Antes de acuñar, con C. Katz, esta famosa fórmula del *grounding metaphors*. Por ejemplo, en Smith (1984 [1991]: 160-78, y, especialmente, en 1992: 60-64).

espacio «a expensas del espacio material» (1992: 64), con las consecuencias ya anteriormente señaladas.

Frente a esos usos y sus consecuencias, estos geógrafos consideran que «cuando el espacio es él mismo susceptible de verse como una *construcción social*, deja de darse por sentada la fuente de las metáforas espaciales»¹⁹, pues éstas pasan a ser examinadas bajo una nueva luz que abre su significado a la trama de las relaciones sociales y de poder en las que se hallan insertas.

Resulta importante tener en cuenta la centralidad de la cuestión de la «producción del espacio» en los enfoques de estos geógrafos críticos, para comprender mejor por qué sus críticas se han centrado en señalar el deslizamiento, que en los usos mencionados se produce, entre el espacio real (geográfico, material) y el espacio metafórico²⁰. Para estos autores, mantener la diferencia entre esos dos niveles y señalar su relación dialéctica es la clave para romper con el proceso de naturalización antes mencionado y evitar todo riesgo de caer en el idealismo (pues, en última instancia, estos discursos contemporáneos serían, a ojos de estos autores, una nueva forma de idealismo (cfr. Harvey, 1996: 433; Scott, 2004: 491; Mitchell, 2004: 27).

La inquietud de algunos geógrafos acerca de la posibilidad de que estos usos supuestamente metafóricos del espacio hayan llegado a borrar las distinciones entre sus varios significados y colapsar las diferentes dimensiones de esta categoría (cfr. Massey, 1993: 66), se hace eco de la crítica que ya expresara H. Lefebvre, entre otros, acerca del colapso del espacio material y social en el espacio conceptual. Si este solapamiento entre discursividad y materialidad es percibido como dañino es porque, en última instancia, el carácter aparentemente «dado» que a menudo adquieren las formaciones espaciales es lo que las hace precisamente susceptibles de constantes manipulaciones ideológicas (problema que retrotrae, al fin y al cabo, a la cuestión marxiana del «fetichismo»).

En este sentido, el modelo tripartito de H. Lefebvre (espacio «concebido», «percibido» y «vivido») está orientado a mostrar esa huella de la ideología y del poder sobre el espacio material. El rechazo explícito de Lefebvre hacia algunos tratamientos contemporáneos del espacio, sobre todo los postestructuralistas (Lefebvre, 1974 [2000]: 11-13), radica precisamente en el «gesto reduccionista» que estos acometen al analizar el espacio exclusivamente a través de las formas codificadas en que éste se presenta, reduciéndolo, por tanto, a sus meras manifestaciones textuales, discursivas o semióticas. Obviar u oscurecer la conexión (y, por tanto, la diferencia) entre estos distintos niveles de lo material, lo dis-

19. Katz y Smith (1993: 80, cursiva nuestra).

20. Katz y Smith (1993: 68), por ejemplo, se han referido a esta supuesta « fusión indiferenciada del espacio material y metafórico» como una « falsa unidad» que se da en los discursos teóricos posmodernistas. A este respecto, véanse también el rechazo de Harvey a las posturas que consideran que el límite entre los «usos materiales y metafóricos» de las categorías espaciales es irrelevante (1996: 208); o Shands (1999: 69-80, 101), donde también se señala este problemático desplazamiento de la reflexión sobre el espacio desde la materialidad hasta el discurso, no sólo desafiando y desestabilizando la diferencia entre ambos, sino a menudo cayendo en una «sobrevaloración del discurso» (p. 101).

cursivo y lo simbólico sería privar a ese proyecto de la «producción del espacio» de su verdadero potencial crítico, con lo cual toda comprensión del espacio queda debilitada y es profundamente insuficiente²¹.

A fin de cuentas, «the difference that space makes» —no sólo en términos epistémicos, sino sobre todo políticos—, para todos estos geógrafos tiene que ver con cómo el espacio permite analizar esos objetos de estudio contra el telón de fondo de la relación entre materialidad, historia y poder (Thacker, 2006: 59). Pues sólo a través de esta operación que ilumina ciertos aspectos de esos objetos hasta entonces ocultos (naturalizados), se pueden «visualizar el impacto de las estructuras de poder» (Warf y Arias, 2009: 123), y los procesos socioeconómicos que están en el origen de esas particulares configuraciones culturales o formaciones discursivas. Uno de los elementos clave para el cambio político es, pues, el reconocimiento y la exploración de esta «mutua imbricación entre espacio y poder» (Massey, 2009: 16).

Lo que vemos en esta forma de articular la crítica a la profusión actual de metáforas espaciales en diversas disciplinas es una suerte de lucha por fijar los parámetros dentro de los que la categoría de «espacio» adquiere esas cualidades críticas y, por tanto, por establecer y teorizar cómo puede construirse y funcionar una perspectiva a la vez *espacial* y *crítica*, pues en ello está la clave, en última instancia, de la definición de lo político²².

Para estos autores, «la única forma» (Harvey, 1996: 8-9) de conseguir «lleenar el abismo conceptual entre el espacio metafórico y material» (Smith, 1984 [1991]: 169) que se da en ciertos discursos posmodernistas, es mediante la adopción y la profundización de una teoría de la producción del espacio que permita entender mejor cómo las transformaciones del capitalismo crean y modifican continuamente el espacio social.

Para estos geógrafos, por tanto, lo *político* y lo *espacial* se coimplican en su definición: como afirma D. Massey (1993: 14), un enfoque político verda-

21. Es importante señalar, no obstante, que aunque las críticas de Katz, Smith y otros geógrafos se hacen eco de las que ya realizara en su momento H. Lefebvre contra Barthes, Kristeva o Foucault, tienen un sentido distinto dentro del marco de la recepción norteamericana de las ideas de esos mismos pensadores franceses en los años ochenta, en un contexto de mayor polarización ideológica (cfr. Cusset, 2003 [2008]).
22. Aunque los argumentos de los geógrafos que aquí estamos examinando deben entenderse en el contexto intelectual del «giro espacial», conviene no perder de vista las propias circunstancias internas de la disciplina, pues el sentido de estas intervenciones se capta sobre todo en relación con las transformaciones que las posturas «críticas» experimentaron dentro de la geografía anglosajona a finales de los años ochenta y en los noventa, como ya indicamos. Se trata de un contexto de «eclipse» (Castree, 1999) de la hegemonía, o del «aire de autoridad» (Hudson, 2006: 387) que hasta entonces habían tenido las corrientes radicales marxistas, y de su capacidad para definir el proyecto crítico. A este respecto, véanse las interpretaciones de Peet (2000) y Smith (2001) sobre la capacidad de los trabajos marxistas para liderar la «frontera de investigación» en la geografía de finales de los años setenta y durante los ochenta, así como el debate posterior sobre la reconfiguración de la geografía crítica (Fuller y Kitchin, 2004; Blomley, 2006; Cox, 2005; Storper, 2001; Hudson, 2006; Lee, 2000; Swyngedouw, 2001), como ejemplo de estas «disputas» entre neomarxistas y posmodernos en la geografía anglosajona.

deramente espacializado sólo puede construirse sobre una «forma dinámica y políticamente progresista de conceptualizar lo espacial»²³. A pesar del carácter tautológico que este tipo de afirmaciones todavía presenta en la literatura geográfica contemporánea, de las dificultades que han quedado patentes en los intentos de generar un análisis teórico sustantivo de ese vínculo (cfr. Sayer, 2000: 121-129) y de un todavía endeble (desde un punto de vista filosófico) manejo de los conceptos políticos por parte de estos geógrafos, las cuestiones de «justicia social» (Harvey, 1996) y de índole política (Massey, 2005) han ido ocupando un papel cada vez más importante en la discusión geográfica, desde el impulso inicial y determinante que recibieran, por parte de la geografía radical-marxista, en los años setenta.

Si bien la aportación que lo espacial supone para la reflexión de lo político está siendo ampliamente escrutada (Pugh, 2009a; Massey, 2009), aún falta esclarecer más detallada y reflexivamente, desde el punto de vista de la historia del pensamiento geográfico, cómo la particular concepción de lo político implícita en estos geógrafos ha determinado su manera de teorizar el espacio en las últimas décadas, así como las consecuencias que estas formas de abordar la relación entre lo espacial y lo político, más allá de los horizontes tradicionales de la geopolítica, tienen para la disciplina, y, sobre todo, para la reflexión geográfica. La particular orientación que tienen estas teorizaciones geográficas, encaminadas a la consecución de un cambio profundo en el sistema económico y social, así como la manera de concebir la relación entre teoría y *praxis*, y la subordinación de esta primera a un proyecto político determinado, condicionan el tratamiento que la categoría de espacio tiene en sus obras, y explica al mismo tiempo las pretensiones normativas de sus propuestas teóricas. Lo que ellos conciben como la «comprensión fundacional de los conceptos geográficos» (en el caso de Harvey, 1996: 6) está determinada, a su vez, por una concepción previa de lo político y una particular forma de constructivismo social, que hacen, sin embargo, que sus propuestas teóricas sobre el espacio sean profundamente problemáticas en términos estrictamente filosóficos²⁴.

23. O lo que N. Smith llamó «deep space» (1984 [1991]: 160), concepto que intenta captar, en toda su complejidad, las distintas capas de hechos históricos y procesos económicos que forman el espacio social real. La reflexión sobre la cuestión de en qué sentido es político el espacio es central, y una de las señas de identidad, por otra parte, en la reciente reformulación geográfica del materialismo histórico, como ha puesto de relieve Goonewardena (2004), aunque, ciertamente, hoy en día esta pregunta está siendo explorada desde muy distintos campos disciplinarios y recibiendo nuevas formulaciones más allá del tradicional tratamiento marxista de la cuestión en términos de la mediación ideológica del espacio urbano, así como del papel de éste en la formación de la conciencia política de clase. Pues, como efectivamente afirma Elden (2001: 151), las «políticas del espacio» que emanen de la obra de M. Foucault y de otros autores postmarxistas, no son ya «simplemente una política económica del espacio. La producción es sólo un elemento más en el amplio terreno de las relaciones de poder».

24. A partir de ese punto, cualquier tratamiento filosófico de la cuestión convierte el debate en un «diálogo de sordos», pues precisamente la negación explícita, por parte de D. Harvey, por ejemplo, de la posibilidad de dar una respuesta filosófica acerca de la naturaleza del espacio al margen de los contextos o los procesos sociales, impide un tratamiento sustantivo

El argumento que en estas páginas queremos esbozar atañe principalmente a este particular aspecto: que la utilización de términos, metáforas o estrategias espaciales en la teoría contemporánea ha supuesto (deliberada o implícitamente) una importante reformulación de la idea de lo político (entre otras nociones) y, por tanto, de los enfoques y los puntos de vista críticos. Es en la conveniencia y la relevancia de la incorporación o no de estas nuevas formas de pensar lo político vehiculadas en los nuevos imaginarios espaciales, en lo que radica, en el fondo, el enconamiento y la importancia misma de la discusión y de todas estas críticas, como a continuación veremos.

Así, los textos más recientes de estos autores (Smith, 2000a, 2000b, 2004, 2005, 2008; Harvey, 2005; Katz, 2001, 2006) dan buena cuenta de cómo ese incipiente argumento del *grounding metaphors* contenía ya el germen de una potente denuncia de la insuficiencia de las formas posmodernas de crítica y de su manera de organizar la resistencia política (la denominada *identity politics*, con su énfasis en la diferencia, lo cultural y los procesos de subjetivización). Este argumento ha evolucionado hacia una clara y explícita defensa de la necesidad de mantener ciertas categorías unificadoras (en el sentido de poner el énfasis en los elementos transversales —*sameness*— a distintos grupos), generales y potentes en términos teóricos, que sean capaces de proporcionar un terreno sólido y compartido en el que anclar un enfoque crítico²⁵. Esta otra forma de lucha sería más efectiva que una «hiperactiva política de la diferencia que puede llevar demasiado fácilmente a una intermitente política de indiferencia» (Corbridge, 1998: 44).

De hecho, la principal acusación de Harvey (1996, 2005) o Smith (2000) a estos nuevos movimientos sociales y discursos políticos que se articulan en torno a categorías de identidad y que ponen el énfasis en los discursos o las representaciones culturales y desbanca la centralidad que la economía política tenía en enfoques críticos anteriores, es la de haber producido una «creciente

de este concepto a ojos de autores analíticos que se han ocupado de la cuestión (por ejemplo, el filósofo australiano J. Malpas).

Si bien es cierto que el problema de la consistencia filosófica de estas teorías geográficas podría verse como una «cuestión menor» para la disciplina, no deja de tener su relevancia si consideramos el importante esfuerzo teórico que este tipo de geógrafos, y de otros con posiciones diferentes, llevan haciendo desde los años setenta, precisamente debido a su firme voluntad de dotar a la geografía de sus propias fundaciones teóricas y de darle autonomía frente a cualquier filosofía de la ciencia. En el caso de Harvey, toda su obra desde el inicio está regida por este impulso fundacional, un *sense of grounding* (la expresión es de D. Gregory) de todo tratamiento teórico del espacio, y una insistencia constante sobre las «tareas analíticas y políticas» (Harvey, 1996: 362) que los geógrafos deben necesariamente afrontar. En este sentido, N. Castree ha hablado de un «imperativo teórico» en Harvey (Castree, 2006: 249).

25. En el caso de Harvey o Smith, la opción es clara: es necesario recuperar la categoría de «clase», definida esta vez ya como proceso (Harvey, 1996: 430-4). Es decir, frente a la hegemonía contemporánea de la *identity politics*, reivindican volver a una *class politics*, o una movilización basada en la solidaridad de clase que permita articular los diferentes «particularismos militantes» que se organizan en torno a distintos lugares, comunidades o causas (cfr. Smith, 2000b, 2005).

fragmentación de las políticas progresistas» (Harvey, 1996: 341), una importante dispersión de intereses y la pérdida, al fin y al cabo, del objeto «real» de esta lucha (y cualquier definición fuerte de la justicia social), así como del «empuje revolucionario» necesario para atacar *de raíz* los problemas contemporáneos: esto es, ir al origen mismo de esas formas de opresión y desigualdad, que siempre estará, para estos autores marxistas, en la estructura capitalista de las sociedades actuales.

Esas «categorías de la diferencia» son políticamente débiles e «ingenuamente idealistas» (Hudson, 2006: 388) a ojos de ciertos geógrafos, ya que no hacen sino ocultar el carácter universal y estructural de los procesos sociales que crean esas diferencias y desigualdades. Por tanto, para estos autores neomarxistas, la transformación cultural no es suficiente como base y medio de la política contemporánea, sino que ésta necesita de un *grounding* en los procesos materiales implicados en la constitución de lo social²⁶.

Lejos, por tanto, de dejar de tener vigencia hoy la *preocupación* que expresaba el argumento que Katz y Smith esgrimieran en 1993, el crecimiento exponencial de la diversidad teórica que la geografía ha experimentado en estos últimos años probablemente haya agudizado dichas preocupaciones (y las posturas del debate), a pesar de que, a lo largo de los años noventa, hemos visto cómo estos geógrafos radicales marxistas iban integrando muchos de los logros indudables de las nuevas posturas críticas (Gregory, 1994). Sin embargo, para la geografía, la disputa en torno a la definición del «proyecto crítico» (Blomley, 2006, 2007; Castree, 2000; Zusman, 2002), y sobre cómo pensar hoy el espacio y su relación con lo político tras eso que se ha denominado el «giro espacial», sigue siendo problemática. Las distintas posturas continúan oscilando entre, por un lado, el miedo a que la creciente heterogeneidad de los discursos y las descripciones sobre lo espacial se asuma como una diferencia irreconciliable e insuperable y desemboque en una «parálisis política», y, por otro lado, la defensa y la construcción de la legitimidad de nuevas formas de pensar lo espacial que superen los escollos de las «imaginaciones geográficas» que han dominado hasta ahora la disciplina.

26. El verdadero *radical edge* del enfoque geográfico estaría, para R. Hudson, por ejemplo, en la atención a las «realidades económicas» y en el «poder de las clases dominantes» con las que estas realidades culturales e identitarias se relacionan.

Es conveniente matizar, no obstante, que, dentro de este proceso contemporáneo de reconstrucción de los enfoques críticos, otros autores también defensores de posturas y categorías marxistas han hecho una lectura menos negativa que la de Hudson, Harvey o Smith de las ideas postestructuralistas. Por ejemplo: M. Hardt y A. Negri consideran la obra de Deleuze y Guattari precisamente como una «renovación» del pensamiento materialista (cfr. Upstone, 2009: 16 para otros casos similares). O también E. Soja, quien, tratando de mantener una base materialista, ha incorporado los aportes posmodernistas precisamente por la capacidad que estos tienen de conectar «la producción social del espacio con la política cultural de la diferencia en formas nuevas e imaginativas» (Soja y Hooper, 1993: 184).

4. Viajes que desestabilizan el espacio.

El problema de la jerarquía espacial

La acusación de «metaforización» de las categorías espaciales esgrimida por estos geógrafos críticos resuena con otras críticas similares de pensadores marxistas (T. Eagelton, A. Callinicos, F. Jameson, S. Zizek, etc.), y es parte, por tanto, de una postura más amplia, sostenida en el contexto general de las transformaciones del pensamiento político en los años noventa, de rechazo a las nuevas formas de entender lo crítico y lo radical que los enfoques postestructuralistas y los estudios culturales llevaban (cfr. Eagelton, 2003).

Por otra parte, el argumento de estos geógrafos comparte también con esa forma de crítica marxista algunos de sus mismos problemas, y así la cuestión del *grounding* abunda en los trabajos filosóficos de los autores citados, como parte de una característica preocupación marxista por la idea de «totalidad». No obstante, para que de verdad pudiéramos comprometernos plenamente con tal forma de argumentación (la de la «metaforización») y darla por válida en la discusión geográfica tal y como hemos visto que ha tenido lugar, sería necesaria una revisión mucho más profunda de los principios sobre los que se asienta tal sospecha (como, por ejemplo, cierta forma de concebir la producción del significado o de entender la relación entre materialidad y discursividad, implicadas ambas en la acusación de «metaforización»). Además, tal crítica no puede llevarse a cabo sin tomar previamente en consideración el rol particular que, dentro del sistema discursivo o del aparato teórico de tal o cual autor, se otorga a la idea de metáfora (Malpas, 1999: 38)²⁷.

Sin llevar a cabo dicha tarea, la validez de estas acusaciones sobre los supuestos usos metafóricos del espacio en la teoría contemporánea se ve comprometida, ya que yerran en el objetivo mismo de su crítica, lo cual, por otra parte, pone de relieve los límites para el diálogo entre geógrafos y pensadores espaciales contemporáneos, pues este equívoco en el tratamiento de la relación concepto-metáfora lo que más bien manifiesta es una falta de comprensión o, en muchos casos, de *aceptación* del universo teórico en que se emplean tales conceptos espaciales, y, sobre todo, de la concepción antirrepresentacional del lenguaje y del conocimiento implícita en dichas posturas²⁸.

27. El caso de la obra de Deleuze y Guattari es paradigmático en este sentido, pues, a pesar de la afirmación reiterada y explícita, por su parte, de que en su obra las referencias espaciales, o de otro tipo similar, *no son en absoluto metafóricas* (cfr. Bonta y Protevi, 2004: 113 —dado el propio rechazo de Deleuze y Guattari a la idea tradicional de «metáfora»), muchas son las críticas que tratan de desautorizar el discurso de estos pensadores utilizando la acusación de que son meras metáforas (como, por ejemplo, Miller, 1993). Sobre el problema de la referencialidad de los términos espaciales en la literatura teórica posmoderna, véase Margaroni y Yiannopoulou (2006).
28. Es importante resaltar que este rechazo, por parte de ciertos geógrafos, de algunos de los principios epistemológicos fundamentales en los que se basan las propuestas filosóficas de los pensadores postestructuralistas, limita de manera sustancial las posibilidades del diálogo, ya que deja en evidencia la falta de suficiente terreno común y de principios compartidos, para que dicha conversación pueda llevarse a cabo de manera fructífera.

Ya hemos señalado anteriormente que Katz y Smith (1993) no sólo no discriminaban entre la amplia casuística de los usos contemporáneos de términos espaciales, sino que basaban uno de los puntos fuertes de su argumento en la acusación de reproducir una noción moderna y newtoniana del espacio mediante estos usos, lo cual no es cierto para todos los casos, al contrario. Por una parte, se ha ido viendo, gracias al trabajo reciente de geógrafos críticos más favorables a los nuevos enfoques postestructuralistas (Elden, 2001; Matless, 1992; Crampton y Elden, 2007; Murdoch, 2006) que no todo eran usos metafóricos, sino que ha habido intentos teóricos serios, fuera de la geografía y de las posturas marxistas, de *conceptualización* del espacio mediante nuevos términos, enfoques o atendiendo a nuevas dimensiones, así como tratamientos *sustantivos* de determinados tipos de lugares o espacios hasta entonces no tratados (cfr., por ejemplo, con los trabajos de C. Philo (1992) sobre la perspectiva espacial en la obra de Foucault).

Por otra parte, se ha ido entendiendo que, aún en el caso de los usos que efectivamente han sido metafóricos (y en los que el manejo de términos espaciales tradicionales tenía un valor estratégico para teorizar otros conceptos), en dicha operación de *trasposición* metafórica había verdaderamente un potencial subversivo y disruptivo muy importante y en absoluto desdeñable para los geógrafos. Es decir, buena parte de esos usos metafóricos manejaban nociones decididamente antimodernas del espacio, porque precisamente eran esas cualidades posmodernas (fluidez, hibridez, inestabilidad ontológica, etc.) que se le suponían al espacio las que se pretendía *trasladar* a los objetos de estudio que a estos autores postestructuralistas les interesaba pensar (sujeto, teoría, política, etc.).

Esta cuestión de la relación entre concepto y metáfora requeriría un análisis profundo que no podemos desarrollar aquí. Baste indicar a modo de aclaración, sin embargo, que, en la acusación de los geógrafos que hemos tratado en el apartado anterior, no hay un desarrollo filosófico de esta cuestión y, por tanto, la ambigüedad de su argumento limita las posibilidades de desarrollo de una crítica más potente en términos analíticos, pero no impide en absoluto, sin embargo, reflexionar sobre este fenómeno y sobre las posturas que geógrafos neomarxistas y posmodernistas han tomado respecto a las aportaciones que estos usos contemporáneos pueden suponer, ya que resulta mucho más importante cuáles han sido los rasgos generales (y los hay, claramente, como veremos) de estos nuevos usos, sean del tipo que sean.

Así, nos limitaremos a esbozar, a modo de conclusión, algunas ideas acerca de los límites que presenta la crítica realizada por estos geógrafos marxistas y a poner de relieve, como elementos para una reflexión futura pero necesaria, lo que para la disciplina y sus conceptos está en juego con el denominado «giro espacial».

Precisamente, hace poco el geógrafo R. Lois (2009) ha comentado, como parte de una reflexión más general acerca del «futuro del análisis territorial» y del renovado protagonismo de la perspectiva geográfica en el contexto científico y socioeconómico actual, que ese nuevo panorama obliga a la comunidad geográfica a pensar y definir «un nuevo lugar de trabajo que debemos

compartir» (p. 34) con otras disciplinas para las que, bien lo espacial *per se*, o bien la familia de conceptos geográficos, se han convertido en un elemento de enorme relevancia.

La necesidad de este diálogo viene siendo reivindicada en distintos ámbitos de la geografía desde principios de los años noventa. Por ejemplo, M. Keith y S. Pile afirmaron que:

Las agendas de las nuevas políticas culturales despliegan un vocabulario espacializado muy amplio que debería hacer mutuamente indispensable el diálogo con la geografía para la comprensión de las ausencias y presencias de tales representaciones del espacio. Sin embargo, el pensamiento geográfico dominante(mente masculino)²⁹ ha sido puesto en cuarentena contra su influencia [...] La geografía como disciplina académica está en peligro de convertirse en un anacronismo, sin un lenguaje con el que articular el nuevo espacio de la resistencia, la nueva política de la identidad. (Keith y Pile, 1992, citado en Soja y Hooper, 1993: 197)

Tomar en consideración la conveniencia y la utilidad de las ideas postestructuralistas para la teorización y la comprensión del espacio³⁰, confrontándola con las exigencias propias del enfoque geográfico (inherentemente integrador, pero también necesariamente apegado, en última instancia, a lo material por su propia vocación empírica y su carácter aplicado), parece, pues, una tarea relevante en el contexto actual.

El poder subversivo de todas estas nuevas utilizaciones de lo espacial en los discursos contemporáneos radica, como habíamos visto en la primera parte del artículo, en la desestabilización que conllevan del significado y la estructura de las categorías y formas discursivas modernas por la *trasposición* de cualidades que son capaces de producir. Esta disruptión ha alcanzado de lleno también al propio concepto de espacio, desestabilizando el armazón de las imaginaciones geográficas hegemónicas en la disciplina. De hecho, la propia argumentación de los geógrafos marxistas ha sido criticada por sustentarse en una manera, fuertemente jerarquizada, de considerar la relación entre las distintas dimensiones del espacio³¹.

De ahí que algunos autores —G. Rose (1996) de manera destacada, por ejemplo— hayan reivindicado que lo primero necesario para pensar el espacio es deconstruir esa jerarquía entre distintos tipos de espacios en la que se basan

29. «Ma(i)nstream» en el original.

30. Cuestión ya abordada en nuestro país en los últimos años (entre otros: Albet, 1994, 2001; Zusman, 2002; Coscuela i Tarroja, 1994; Delgado, 2003; García Álvarez, 2006; García Ramón, 1989, 2004; Nogué, 2007; Herrera y Piazzini, 2006; Castro Nogueira, 1997; Puente, 2009).

31. No en vano ha sido una y otra vez criticada su persistencia en defender ciertos principios epistemológicos modernos (como en Deutsche, 1991; Massey, 1991; Katz, 2006). Véase Philo (1992) para una reflexión interesante, a partir de las posibles aportaciones espaciales de la obra de Foucault, sobre el pensamiento «postjerárquico» y su impacto en la imaginación geográfica.

las críticas marxistas, pues no sólo no permiten entender en todo su valor los nuevos discursos espacializados, sino que, sobre todo, reproducen y refuerzan otras dicotomías más profundas y ancladas en la estructura epistémica de la geografía. En la medida en que «la reiteración de la distinción entre espacio real y no real sirve para naturalizar ciertas visiones masculinistas del espacio real y la geografía real» (p. 60), esta distinción es en sí misma, por tanto, una forma de poder (Rose, 1996: 58) y, en concreto, de un poder masculinista, que se perpetúa mediante el recurso legitimador de apelación a lo «real (*qua* material)»³².

Una de las principales consecuencias que esto puede tener, como señalaba Rose, es excluir otras formas de exploración y codificación del espacio y, en consecuencia, impedir cambios más profundos en las formas de imaginarlo, en tanto en cuanto precisamente «es este previo imaginario espacializado masculino lo que permite a los geógrafos distinguir entre el espacio real y no real» (Rose, 1996: 73).

Así, rivalizando con las teorizaciones del espacio de Harvey o las contenidas en ideas como la de N. Smith de *deep space* anteriormente citada, en los últimos años han proliferado otra ideas, como la de *ThirdSpace* (Soja, 1996), *Paradoxical space* o *multiple space* (Rose, 1993, 1995) o *Post-space* (Upstone, 2009). Son teorizaciones del espacio que incorporan explícitamente muchas de las ideas posmodernas y que han visto en ellas no sólo la oportunidad de integrar sólidamente en la perspectiva geográfica todas esas otras dimensiones discursivas, simbólicas, imaginarias, etc., a veces dejadas de lado por la modernidad³³; sino de superar definitivamente la espacialidad moderna (considerada autoritaria, cartesiana y colonial) a favor de otra «espacialidad alternativa, compuesta de voces heterogéneas y experiencias diversas que ponen de relieve la diferencia y la subjetividad» (Upstone, 2009: 13), lo cual convierte el espacio en lugar de resistencia y posibilidad de nuevas formas de identidad y de representación.

Es cierto que todas estas «incursiones» contemporáneas en el espacio se han dado bajo formas profundamente heterogéneas y, a menudo, *heterotópi-*

32. Por ejemplo, la apelación que hace Harvey a lo material como la «verdadera base sólida» (1989: 12) para interpretar el mundo. G. Rose habla de «la codificación retórica de dos tipos de espacios [real y metafórico] como dos tipos diferentes de sexos» (1996: 59), apoyándose en los argumentos de J. Butler acerca de cómo la materialidad es naturalizada como «lo real» y, por tanto, debería ser «repensada como un efecto de poder, o como el efecto más productivo del poder».

Además, en estos autores, material y real (es decir, ese *grounding* que reivindican) suele significar a menudo «económico», esto es, se define en el marco de las relaciones de producción.

33. En este punto, claro, se hace manifiesta la especificidad anglosajona de este tipo de cuestiones: problemas no presentes (o no de forma tan acuciante) en otras tradiciones geográficas caracterizadas por una distinta o más completa integración de esas distintas dimensiones desde su origen (cfr. Ortega, 1987), y que no acusaron tanto el impacto del positivismo geográfico, por lo que las categorías o enfoques posmodernos tampoco han sido acogidos con tanto entusiasmo, al contrario, apenas han causado interés hasta hace unos pocos años. Cfr. Chivallon et al. (1999), Chivallon (2004, 2008).

cas: se trata de un amplia gama de viajes «reales e imaginarios», como E. Soja los llamara (1996)³⁴, que han desestabilizado los límites tradicionales de las formas en que se ha pensado el espacio, así como sus diferencias y jerarquías. No sólo se han explorado nuevos registros y escalas del espacio, sino que, en la mayoría de los casos, estos viajes han permitido resignificar todas esas zonas invisibilizadas o estigmatizadas (los «márgenes») por el orden que las categorías hegemónicas del pensamiento moderno había impuesto.

La consecuencia es que estos discursos espaciales han acabado revelando aspectos no familiares del espacio, o haciendo de un espacio antes familiar algo profundamente extraño (Katz y Smith, 1993: 71; ya en su momento, Lefebvre habló de «cacofonía de espacios»)³⁵. Este se ha transformado en una compleja trama de distintos tipos de localizaciones (materiales, simbólicas, imaginarias, representacionales, etc.) que le ha otorgado cualidades o se han expresado en registros que no siempre han resultado reconocibles para los geógrafos, o incluso de interés para sus enfoques u objetivos de trabajo (Warf y Arias, 2009: 9)³⁶. Estas «odiseas espaciales» (Baerendholt y Simonsen, 2004) han prefijado de nuevas e inusitadas dimensiones los objetos geográficos (basta echar un vistazo a la geografía cultural contemporánea), y los han hecho aparecer bajo nuevos prismas³⁷.

Puesto que para algunos de estos geógrafos posmodernistas la única forma de superar la perspectiva geográfica moderna es rechazar la fijeza, o la fijación del sentido, que la mirada cartográfica produce (Minca, 2001: 223), es inevitable preguntarse hasta dónde es posible, y razonable, mantener abierta la teorización de la idea de espacio: ¿cómo conjugar el potencial emancipatorio de la indeterminación del concepto de espacio que los enfoques postestructuralistas pueden aportar, con la necesidad de anclar (*grounding*) materialmente dichos conceptos para evitar usos inconvenientes (la acusación marxista de idealismo)?

La pregunta, sin duda, es difícil; tanto más porque la cuestión de la imbricación de las distintas dimensiones de lo espacial ni siquiera está adecuada-

34. Queremos insistir en este rasgo particular del énfasis en el tráfico entre lo real y lo imaginario, lo material y lo simbólico, como definitorio y común, en buena medida, de las diferentes aproximaciones posmodernistas y postestructuralistas a la cuestión del espacio; un elemento que, en consecuencia, puede permitir articular este debate, y podría resultar más fructífero que la vía de análisis o crítica sobre la supuesta naturaleza metafórica, o del tipo que fuere, de estos usos contemporáneos de términos espaciales.
35. Quizá sea E. Soja (1996) quien desde la geografía más haya contribuido, en términos teóricos, a esta situación, a través de la idea del *Thirding-as-Othering*, entendida como una estrategia teórica que busca superar los dualismos que tradicionalmente han dominado, y constreñido, las imaginaciones geográficas modernas (las dicotomías micro-macro, global-local, estructura-agencia que han ordenado las narrativas espaciales).
36. Cfr. también con Driver (1996: 104), donde comenta las «maneras poco familiares» para los geógrafos en que los teóricos sociales y culturales han tratado las cuestiones espaciales.
37. Por ejemplo, G. Rose (1993: 155) ha hablado de la necesidad de una «geografía multidimensional», capaz de integrar las tensiones, las contradicciones y las paradojas de la subjetividad y de las relaciones sociales (sus «geometrías radicalmente heterogéneas», p. 140), sobre la base de que el «espacio en sí mismo —y el paisaje y el lugar del mismo modo—, lejos de ser los cimientos sólidos para el poder y la pericia disciplinaria, son *inseguros, precarios y fluctuantes*» (1993: 160, cursiva nuestra).

mente resuelta en esas teorizaciones alternativas del espacio que encontramos en la geografía posmodernista anglosajona (de ahí, también, que siga siendo importante tratar de responder a las críticas de los geógrafos neomarxistas, y, en este sentido, los materialistas son siempre un buen acicate para agudizar y mejorar nuestras respuestas). Dejaremos tan sólo aquí, para finalizar, dos elementos que quizás puedan ayudar a comprender el calado de dicha pregunta y a orientar el tipo de reflexiones que ésta puede suscitar.

Por un lado, es más que necesario cierto escepticismo con respecto a los aires de novedad con que se autopresentan ciertas proclamas posmodernas³⁸ y, en general, con respecto al tono celebratorio de estos discursos: en este sentido, los geógrafos marxistas tienen mucha razón al señalar que la simple apelación a las categorías espaciales no es garantía automática de un proyecto político radical (Keith y Pile, 1993; Smith, 2004: 15) y al criticar cómo estos enfoques posmodernistas otorgan al espacio demasiado alegramente un «potencial emancipatorio» (Yeoh, 2006: 151), «como si la apertura fuera por definición radical» (Harvey, 1996: 104). Esta vinculación automática de la espacialidad con formas de libertad, resistencia o subversión (tan recurrente en los «imaginarios nómadas» asociados a ciertos discursos sobre la globalización) es altamente problemática en cuanto que ignora en qué medida se articulan los distintos factores de diferenciación social en el espacio, y cómo nuevas prácticas espaciales siguen generando formas de exclusión³⁹.

Por otro lado, existen varias formas en las que se ha ido tratando de resolver este problema, con mayor o menor éxito, en los últimos años. Así, aquellos geógrafos que han considerado válida y operativa la línea de crítica aquí expuesta sobre la «metaforización» de los términos espaciales, se han concentrado en examinar detalladamente las consecuencias materiales que tales estrategias discursivas tienen (Gregory, 1994: 126) y han enriquecido el análisis mediante la insistencia en la dialéctica de esas otras dimensiones con lo material del espacio y la forma en que estas primeras inciden materialmente en la configuración espacial real.

Asimismo, la reciente profusión de análisis filosóficos e históricos más detallados y consistentes sobre pensadores espaciales o teorizaciones geográficas de muy distinto signo, especialmente en la geografía anglosajona (cfr. Hannah, 2007: 102), está permitiendo reconsiderar los juicios que los geógrafos hicieron a principios de la década de los noventa, algo precipitadamente quizás, sobre este asunto. Dichos trabajos no sólo han abierto importantes nuevos rumbos para el pensamiento geográfico y han perfilado un tipo de tarea de detenida exégesis con-

38. Cuestión que se hace especialmente aguda en geografía, debido a la manera en que sus distintas tradiciones han evolucionado, y al particular «autismo» de la geografía anglosajona en el tratamiento teórico de las categorías geográficas.
39. Sobre esta cuestión, véanse algunos de los trabajos que se están desarrollando sobre la cuestión de la movilidad y la fluidificación social, como Kauffman (2002) y otros autores relacionados con el «nuevo paradigma de las movilidades» (J. Urry, M. Sheller, S. Kresslerling, etc.) que están desarrollando un trabajo más empírico para contrarrestar algunas de las exageraciones teóricas de estos «modelos líquidos».

ceptual y hermenéutica, sino que tales trabajos de historia intelectual están arrojando nueva luz y aportando elementos sobre los que construir un diálogo más fructífero entre el pensamiento geográfico y la teoría espacial contemporánea⁴⁰.

Por último, cabe resaltar que hace ya tiempo que hay igualmente abiertas otras sólidas líneas de trabajo en la geografía que conjugan exitosamente estas dos exigencias. Entre otras, los estudios de género, por ejemplo, han constituido uno de los principales lugares de exploración (mediante todo tipo de análisis: literarios, históricos, materiales, políticos) del vínculo entre la espacialidad, el poder y lo social. La comprensión de este vínculo ha sido un elemento central para avanzar en la lucha por romper los límites que han constreñido los espacios materiales, discursivos o conceptuales y simbólicos de las mujeres.

La firme comprensión de la imbricación de estos niveles, y el rol central que las metáforas espaciales han tenido en la articulación de sus distintas propuestas teóricas y políticas (Shands, 1999), no sólo ha permitido integrar de manera exitosa las materialidades de los contextos epistémicos, políticos y sociales a los que hacen referencia o en los que han surgido tales conceptos metáfora⁴¹, sino que han contribuido enormemente en esa profundización de distintas dimensiones de la espacialidad (cfr. Rose, 1993; McDowell, 1999, García-Ramón, 1989, 2006).

Desde los años setenta, los trabajos pioneros de autoras como J. Kristeva o L. Irigaray dejaron firmemente establecidas las relaciones entre corporeidad, género y espacialidad, con lo cual demostraron que si los cuerpos necesitan ser reconceptualizados, entonces también lo tienen que ser las localizaciones espacio-temporales en los que estos se sitúan, y hacerlo de manera conjunta (Grosz, 1995)⁴².

Posteriormente, muchos de los trabajos hechos desde la geografía feminista han desarrollado y han traído consigo, junto con esta perspectiva más empírica⁴³, una teorización crítica del espacio (alternativa al materialismo

40. Por ejemplo, los más recientes e interesantes trabajos de S. Elden (2004, 2007), K. Goonewardena (2004) o E. Soja (2010) sobre Lefebvre o Foucault están permitiendo entender ciertos aspectos del pensamiento espacial de estos autores que muestran la existencia de una imbricación, más adecuada y enriquecedora de lo que se pensaba, de las distintas dimensiones del espacio.
41. La relación entre las formas de conocimiento, subjetividad y sus particulares contextos materiales y relaciones de poder, ha sido especialmente investigada por autoras como D. Haraway, S. Harding o G. Rose, a través de las ideas de *posicionalidad*, *situatedness* o *standpoint*, (sobre la centralidad de la *locational epistemology* para las posturas feministas, véase Friedman, 1998: 17-25.).
42. La cuestión del cuerpo fue tempranamente introducida en la geografía de género por influencia de las teorías fenomenológicas y psicoanalíticas, siendo más tarde reforzada por el interés posmoderno en dicha cuestión. Probablemente, el punto en común entre estas exploraciones de la espacialidad y las propuestas de geógrafos como Soja está en el origen común de la utilización de la idea de «imaginario» de Lacan, que, en su aplicación al ámbito geográfico, disuelve todas estas diferencias jerárquicas entre los espacios, lo cual colapsa la interioridad y la exterioridad, y permite comprender mejor la «transacción» entre esos dos ámbitos.
43. Precisamente porque la trayectoria de las feministas es «una historia intelectual imbricada materialmente [materially embedded]», y porque «a través de su conciencia de las políticas de lo cotidiano, [el feminismo] ha tenido siempre una aguda conciencia de la intersección del espacio y el poder –y el conocimiento» (Rose, 1993: 142). Cfr. Kirby (1993: 189), Shands (1999) y Kaplan (1987).

histórico pero emparentada con él), que busca abiertamente una nueva forma de cartografiar los espacios sociales en la medida en que son constructores de las subjetividades (redefiniendo la identidad, así, como un efecto posicional tanto material como simbólico). La propia G. Rose (1993: 150) ha señalado cómo esto ha hecho más complicado, para las feministas, pensar las «geografías de la diferencia», porque éstas no pueden capturarse como una simple cartografía de relaciones sociales de poder sobre espacios territoriales, sino que exige explorar las distintas dimensiones simultáneas de la experiencia en el espacio social.

En otro orden de cosas, esto nos ayuda además a comprender que, aunque la interpretación más común del «giro espacial» tiende a atribuir a Foucault su impulso inicial, la genealogía intelectual y material de éste es mucho más complicada. Entre otras aportaciones, anterior o paralela a la hegemonía del postestructuralismo en estos temas, es la de los trabajos feministas, sin duda uno de los pilares clave en este proceso de construcción de una teoría crítica del espacio y de la reformulación contemporánea de las formas de entender lo político. Sin embargo, este enfoque ha evitado algunos de los problemas que aquí se han reseñado con respecto a otros usos de las imágenes espaciales, precisamente debido a su firme anclaje en la experiencia (Rose, 1993: 142).

Huelga añadir, por supuesto, que responder a las cuestiones aquí planteadas y comprender los desafíos (tanto conceptuales, como metodológicos y empíricos) que en el actual contexto de la geografía presenta la teorización del espacio, requieren de una revisión mucho más detallada, tanto de las propuestas y los razonamientos del materialismo histórico, como de las posturas postestructuralistas y su particular y compleja concreción en diversos ámbitos de la disciplina. Todo ello en un contexto y en un horizonte intelectual general que para la geografía puede presentarse como indescifrable y prescindible, ya que, además, las interpretaciones que hasta ahora se han dado sobre el denominado «giro espacial» son muy sesgadas e imprecisas: no sólo porque carecemos todavía de un trabajo histórico riguroso que permita trazar los contornos de las distintas fuentes y reconstruir los proyectos que bajo tal denominación se han desarrollado; sino porque la mayoría de las interpretaciones (también desde la geografía) suelen ser, al contrario, bastante programáticas y se sustentan en narrativas que organizan esos materiales dispersos y heterogéneos conforme a una particular versión de lo que, política y teóricamente, es *de verdad* el «giro espacial», o de cómo debe usarse el espacio y el fin al que deben subordinarse estos usos (ejemplos de este tipo de discursos son: Soja, 1989, 2009; Ogborn, 2006; Smith, 2008).

No obstante, existen ya sobre la mesa desde hace tiempo elementos suficientes para el debate, y, sin duda, la urgencia se plantea en términos de construir una reflexión, en nuestro caso, desde una perspectiva específicamente latina, pero también interdisciplinaria y verdaderamente internacional (esto es, cuidadosa con la traducción y la circulación de

conceptos entre disciplinas y tradiciones geográficas (cfr. Chivallon et al., 1999)⁴⁴.

Si, como han apuntado E. Soja, F. Jameson y tantos otros teóricos contemporáneos, para entender las nuevas espacialidades y formas de experiencia geográfica en las sociedades contemporáneas es cada vez más necesario tomar en consideración ciertos ámbitos representacionales (como el cine o la arquitectura, los medios de comunicación, etc.) y discursivos, convendrá en cualquier caso no perder de vista lo que una y otra vez los materialistas de todo tipo nos siguen recordando acertadamente, para así no caer en los consabidos excesos postestructuralistas. De lo contrario, seguiremos malentendiendo («missing the point», como ha indicado S. Elden, 2005) muchos elementos fundamentales de la globalización, y, cegados por el prestigio contemporáneo de la teoría, continuaremos haciéndole a ésta atribuciones excesivas, tanto respecto a su capacidad performativa y de trasformación de la realidad, como en relación con su supuesto poder para explicar las complejas y extremadamente variadas *formas* de concretarse la relación entre lo espacial y lo social, pues, al cabo, para esto siguen siendo necesarios, como ha mostrado A. Sayer (2000), detallados análisis empíricos y concretos de dichas *formas* socioespaciales, algo en lo que la geografía siempre ha mostrado, por otra parte, tener una ventaja comparativa.

Agradecimientos

Este artículo es el resultado de varios trabajos previos que, con temas relacionados, fueron presentados en distintos encuentros internacionales. Agradezco especialmente a los participantes de la Cosmobilites Network Conference (Munich, octubre de 2008) sus comentarios, sobre todo a Anthony d'Andrea (Universidad de Limerick), por varias conversaciones sobre «nomadismo» contemporáneo. Igualmente valiosas han sido las reflexiones en los seminarios del grupo de trabajo Social/Spatial Theory, de la Universidad de Durham (Reino Unido), así como decisivas las conversaciones con J. Malpas (Universidad de Tasmania). Agradezco muy especialmente a Jacobo García, Perla Zusman y María Dolores García Ramón que leyeron y comentaron diversos borradores de este artículo, así como las sugerencias que me hicieron los evaluadores anónimos.

44. Y sobre todo esta exigencia se plantea con respecto a todos esos nuevos discursos que, en la geografía anglosajona, han surgido con tanto ímpetu (*socio-spatial thinking*, etc.) al calor de los enfoques posmodernos, y se han presentando como nuevas formas de pensar los diversos ámbitos de lo geográfico. Si estos quieren de verdad ser útiles para la compresión y el análisis geográficos, tienen que hacerse cargo de manera más seria del problema de la incommensurabilidad de esos distintos registros y descripciones espaciales, así como los distintos *grounds* que cada uno de ellos tiene (cfr. Burgin, 1996: 26). Por no mencionar, por supuesto, el problema de la casi total falta de atención, por parte de ciertas corrientes anglosajonas, a otras tradiciones geográficas (García Ramón, 2003), así como su capacidad para «fijar» la agenda teórica de la disciplina.

Referencias bibliográficas

- ALBET, A. (1994). «Geografía, postmodernisme, geografía postmoderna: aportacions al debat». *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 24, 7-11.
- (2001). «¿Regiones singulares y regiones sin lugares? Reconsiderando el estudio de lo regional y lo local en el contexto de la geografía postmoderna?». *Boletín de la AGE*, 32, 35-52.
- BAERENHOLDT, J.O. y SIMONSEN, K. (2004). *Space Odysseys: Spatiality and Social Relations in the 21st Century*. Aldershot: Ashgate.
- BARROS, C. y ZUSMAN, P. (1999). «La Geografía en la búsqueda de conceptos híbridos». *Boletín de la AGE*, 27, 67-80.
- (2000). «Travelling Concepts: Text, Subjectivity, Hybridity». Amsterdam, 11, 12 y 13 de enero de 2000». *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 37, 121-123.
- BERG, L.D. (2004). «Scaling knowledge: towards a critical geography of critical geographies». *Geoforum*, 35, 553-558.
- BHABHA, H. (1994). *The location of culture*. Nueva York: Routledge.
- BLOMLEY, N. (2006). «Uncritical Critical Geography?». *Progress in Human Geography*, 30, 1, 87-94.
- (2007). «Critical geography: anger and hope». *Progress in Human Geography*, 31, 1, 53-65.
- BONDI, L. (1993). «Locating identity politics». En: KEITH, M. y PILE, S. (eds.). *Place and the politics of identity*. Londres: Routledge, 84-103.
- BONTA, M. y PROTEVI, J. (2004). *Deleuze and Geophilosophy: A Guide and Glossary*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- BORDO, S. (1990). «Feminism, Postmodernism, and Gender Scepticism». En: NICHOLSON, L. (ed.). *Feminism/Postmodernism*. Londres: Routledge, 133-56.
- BRAIDOTTI, R. (1994). *Nomadic Subjects: Embodiment and Sexual Difference in Contemporary Feminist Theory*. Nueva York: Columbia University Press.
- BURGIN, V. (1996). *In/Different Spaces. Places and Memory in Visual Culture*. Berkeley y Londres: University of California Press.
- CASTREE, N. (1999). «Out there? 'In here'? Domesticating critical geography». *Area*, 31, 1, 81-86.
- (2000). «Professionalisation, activism, and the university: Whither critical geography?». *Environment and Planning A*, 32, 955-70.
- (2006). «The Detour of Critical Theory». En: CASTREE, N. y GREGORY, D. (eds.). *David Harvey. A Critical Reader*. Malden: Blackwell, 247-269.
- CASTRO NOGUEIRA, L. (1997). *La risa del espacio. El imaginario espacio-temporal contemporáneo: una reflexión sociológica*. Madrid: Tecnos.
- CHIVALLON, C. (2004). «Débattre autour du posmodernisme: commentaires de textes choisis». *L'Espace Géographique*, 1, 43-58.
- (2008). «L'espace, le réel, l'imaginaire: a-t-on encore besoin de la géographie culturelle?». *Annales de Géographie*, 660-661, 67-89.
- CHIVALLON, C.; RAGOUET, P. y SAMERS, M. (eds.) (1999). *Discours scientifiques et contextes culturels: Géographies françaises et britanniques à l'épreuve postmoderne*. Maison des Sciences l'Homme d'Aquitaine: Talence.
- COBARRUBIAS, S. y PICKLES, J. (2009). «Spacing movements. The turn to cartographies and mapping practices in contemporary social movements». En: WARF, B. y ARIAS, S. (eds.). *The spatial Turn: Interdisciplinary perspectives*. Oxon y Nueva York: Routledge, 36-58.
- CORBRIDGE, S. (1998). «Reading David Harvey: Entries, Voices, Loyalties». *Antipode*, 30, 1, 43-55.

- COSCUELA I TARROJA, A. (1994). «Darrera els postmodernistes, o les geografies culturals del capitalisme tardà». *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 24, 13-58.
- COX, K. (2005). *From Marxist Geography to Critical Geography and Back Again*. Department of Geography. The Ohio State University. [<http://www.geography.osu.edu/faculty/kcox/Cox9.pdf>]
- CRAMPTON, J. y ELDEN, S. (2007). *Space, knowledge and power: Foucault and geography*. Aldershot: Ashgate.
- CRANG, M. y THIRIFT, N. (2000) (eds.). *Thinking Space*. Londres: Routledge.
- CRESSWELL, T. (1997). «Imagining the Nomad: Mobility and the Postmodern Primitive». En: BENKO, G. y STROHMEYER, U. (eds.) *Space and Social Theory: Interpreting Modernity and Postmodernity*. Oxford: Blackwell.
- (2001). «The production of mobilities». *New Formations*, 43, 11, 11-25.
- CUSSET, F. (2003 [2008]). *French Theory: How Foucault, Derrida, Deleuze & Co. Transformed the Intellectual Life of the United States*. Minneapolis y Londres, University of Minnesota Press.
- DELGADO MACHECA, O. (2003). *Debates sobre el espacio en la geografía contemporánea*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- DEUTSCHE, R. (1991). «Boys town». *Environment and Planning D: Society and Space*, 9, 1, 5-30.
- DI Méo, G. (1998). *Géographie sociale et territoire*. París: Nathan.
- DI Méo, G. y BULÉON, P. (2005). *L'espace social: Lecture géographique des sociétés*. París: Armand Colin.
- DOEL, M.A. (1999). *Poststructuralist geographies: The diabolical art of spatial science*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- DRIVER, F. (1995). «Visualizing geography: A journey to the heart of the discipline». *Progress in Human Geography*, 19, 1, 123-134.
- (1996). «Histories of the present? The history and philosophy of geography, part III». *Progress in Human Geography*, 20, 1, 100-109.
- EAGLETON, T. (2003). *After Theory*. Nueva York: Basic Books.
- ELDEN, S. (2001). *Mapping the Present: Heidegger, Foucault and the Project of a Spatial History*. Londres: Continuum.
- (2004). *Understanding Henri Lefebvre: Theory and the Possible*. Londres: Continuum.
- (2005). «Missing the point: globalization, deterritorialization and the space of the world». *Transactions of the Institute of British Geographers*, NS, 30, 8-19.
- (2007). «There is a Politics of Space because Space is Political». *Radical Philosophy Review*, 10 (2), 101-116.
- FAVELL, A. (2001). «Migration, mobility and *globaloney*: metaphors and rhetoric in the sociology of globalization». *Global Networks: A Journal of Transnational Affairs*, 1, 4, 389-398.
- FOUCAULT, M. (1976). «Questions à Michel Foucault sur la Géographie». *Hérodote*, 1, 71-85.
- FRIEDMAN, S.S. (1998). *Mappings: Feminism and the Cultural Geographies of Encounter*. Princeton: Princeton University Press.
- FULLER, D. y KITCHIN, R. (eds.) (2004). *Radical Theory/Critical Praxis: Making a Difference Beyond Academy*. Vernon y Victoria, Praxis (e) Press.
- GARCÍA ÁLVAREZ, J. (2006). «Geografía regional». En: HIERNAX, D. y LINDÓN, A. (dirs.). *Tratado de geografía humana*. México: Anthropos, 25-70.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1995). *Hybrid Cultures: Strategies for Entering and Leaving Modernity*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

- GARCÍA RAMÓN, M.D. (1989). «Para no excluir a la mitad del género humano: un desafío pendiente en geografía humana». *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 9, 27-48.
- (2003). «Globalization and international geography: the questions of languages and scholarly traditions». *Progress in Human Geography*, 27, 1, 1-5.
- (2004). «The spaces of critical geography: an introduction». *Geoforum*, 35, 523-4.
- (2006). «Geografía del género». En: HIERNAUX, D. y LINDÓN, A. (dirs.). *Tratado de geografía humana*. México: Anthropos, 337-355.
- GOONEWARDENA, K. (2004). «Urban Space and Political Consciousness: A Report on Theory». *Review of Radical Political Economics*, 36 (2), 155-176.
- GREGORY, D. (1994). *Geographical Imaginations*. Cambridge y Oxford: Blackwell.
- GROSZ, E. (1995). *Space, Time and Perversion: Essays on the Politics of Bodies*. Nueva York: Routledge.
- HANNAH, M. (2007). «Formations of 'Foucault' in Anglo-American Geography: An Archeological Sketch». En: CRAMPTON, J. y ELDEN, S. *Space, knowledge and power: Foucault and geography*. Aldershot: Ashgate, 83-104.
- HARVEY, D. (1973). *Social Justice and the City*. Londres: Edward Arnold.
- (1989). *The Condition of Postmodernity. An Enquiry into the Origins of Cultural Change*. Oxford: Blackwell.
- (1996 [2004]). *Justice, Nature & the Geography of Difference*. Malden y Oxford: Blackwell.
- (2000). «Reinventing Geography». *New Left Review*, 4, 75-97.
- (2001). *Spaces of Capital: Towards a Critical Geography*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- (2005). «The sociological and geographical imaginations». *International Journal of Politics, Culture, and Society*, 18, 3-4, 211-255.
- (2006). «Editorial: The geographies of critical geography». *Transactions of the Institute of British Geographers NS*, 31, 409-412.
- HERRERA, D. y PIAZZINI, C.E. (2006). *(Des) territorialidades y (No)lugares: Procesos de configuración y transformación del espacio*. Medellín: La Carretera Editores.
- HIERNAUX, D. y LINDÓN, A. (1993). «El concepto de espacio y el análisis regional». *Revista Secuencia*, 25, 89-110.
- HOOKS, B. (1990). *Yearning: race, gender, and cultural politics*. Boston, MA: South End Press.
- HUDSON, R. (2006). «On what's right and keeping left: or Why Geography still needs Marxian political economy». *Antipode*, 38, 374-395.
- KAPLAN, C. (1987). «Deterritorializations: The Rewriting of Home and Exile in Western Feminist Discourse». *Cultural Critique*, 6, 187-198.
- (1996 [1998]). *Questions of travel. Postmodern discourses of displacement*. Durham: Duke University Press.
- KATZ, C. (2001). «On the Grounds of Globalization: A Topography for Feminist Political Engagement». *Signs*, 26, 4, 1213-1234.
- (2006). «Messing with 'the Project'». En: CASTREE, N. y GREGORY, D. (eds.). *David Harvey. A Critical Reader*. Malden: Blackwell, 234-246.
- KATZ, C. y SMITH, N. (1993). «Grounding Metaphor. Towards a spatialized politics». En: KEITH, M. y PILE, S. *Place and the politics of identity*. Londres y Nueva York: Routledge, 67-83.
- KAUFFMAN, V. (2002). *Re-thinking mobility. Contemporary sociology*. Ashgate: Aldershot.

- KEITH, M. y PILE, S. (eds.) (1993). *Place and the Politics of Identity*. Londres: Routledge.
- KELLY, P.F. (1999). «The geographies and politics of globalization». *Progress in Human Geography*, 23 (3), 379-400.
- KIRBY, K.M. (1993). «Thinking through the Boundary: The Politics of Location, Subjects, and Space». *Boundary 2*, 20 (2), 173-189.
- LEE, R. (2000). «Radical and postmodern? Power, social relations, and regimes of truth in the social construction of alternative economic geographies». *Environment and Planning A*, 32 (6), 991-1009.
- LEFEBVRE, H. (1974 [2000]). *La production de l'espace*. París: Anthropos.
- LÉVY, J. (1999). *Le tournant géographique: Penser l'espace pour lire le monde*. París: Belin.
- LINDÓN, A. (2007). «El constructivismo geográfico y las aproximaciones cualitativas». *Revista de Geografía Norte Grande*, 37, 5-21.
- LOIS, R. (2009). «La geografía y el análisis territorial en España: argumentos para la reflexión». *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 50, 7-42.
- MALPAS, J. (1999). *Place and Experience. A Philosophical Topography*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MARGARONI, M. y YIANNOPOULOU, E. (eds.) (2006). *Metaphoricity and the Politics of Mobility*. Amsterdam y Nueva York: Rodopi.
- MASSEY, D. (1991). «Flexible Sexism». *Environment and Planning D: Society and Space*, 9, 31-57.
- (1993). «Politics and Space/Time». En: KEITH, M. y PILE, S. (1993). *Place and the politics of identity*. Londres y Nueva York: Routledge, 141-161.
- (2005 [2006]). *For Space*. Londres: SAGE.
- (2009). «Concepts of space and power in theory and in political practice». *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 55, 15-26.
- MATLESS, D. (1992). «An occasion for geography: landscape, representation and Foucault's corpus». *Environment and Planning D: Society and Space*, 10, 41-56.
- McDOWELL, L. (1999 [2000]). *Género, identidad y lugar: Un estudio de las geografías feministas*. Valencia: Cátedra.
- MILLER, C. (1993). «The Postidentitarian Predicament in the Footnotes of A Thousand Plateaus: Nomadology, Anthropology, and Authority». *Diacritics*, 23 (3), 6-35.
- MINCA, C. (ed.) (2001). *Postmodern Geography: Theory and Praxis*. Oxford y Malden: Blackwell.
- MITCHELL, D. (2004). «Radical Scholarship: A Polemic on Making a Difference Outside the Academy». En: FULLER, D. y KITCHIN, R. (eds.). *Radical Theory/Critical Praxis: Making a Difference Beyond Academy*. Vernon y Victoria: Praxis (e) Press, 21-31.
- MOGEL, L. y BHAGAT, A. (2007). *An atlas of radical cartography*. Los Angeles: Journal of Aesthetics and Protest.
- MORRIS, M. (1996). «Crazy talk is not enough». *Environment and Planning D: Society and Space*, 14 (4), 384-394.
- MURDOCH, J. (2006). *Post-structuralist geography*. Londres: SAGE.
- NOGUÉ, J. (2007). «Territorios sin discurso, paisajes sin imaginario: retos y dilemas». *Eriá*, 73-74, 373-382.
- OGBORN, M. (2006). «Mapping Words». *New Formations*, 57, 145-149.
- ORTEGA CANTERO, N. (1987). *Geografía y cultura*. Madrid: Alianza.

- O'TUATHAIL, G. (1998). «Political geography III: dealing with deterritorialization». *Progress in Human Geography*, 22 (1), 81-93.
- PAASI, A. (2008). «Is the world more complex than our theories of it? TPSN and the perpetual challenge of conceptualization». *Society and Space*, 26, 405-10.
- PAQUOT, Thierry y YOUNÈS, Chris (dirs.) (2009). *Les territoire des philosophes: Lieu et espace dans la pensée au XXe siècle*. París: La Découverte.
- PEET, R. (2000). «Celebrating thirty years of radical geography». *Environment and Planning A*, 32 (6), 951-953.
- PHILO, C. (1992). «Foucault's geography». *Environment and Planning D: Society and Space*, 10, 137-161.
- (1999). «Más palabras, más mundos: Reflexiones en torno al "giro cultural" y a la geografía social». *Documents d'Anàlisi Geográfica*, 34, 81-99.
- PILE, S. y KEITH, M. (eds.) (1997). *Geographies of Resistance*. Londres: Routledge.
- PILE, S. y THRIFT, N. (1995). *Mapping the Subject. Geographies of cultural transformation*. Londres y Nueva York: Routledge.
- PRATT, G. (1992). «Spatial metaphors and speaking positions». *Environment and Planning D: Society and Space*, 10, 241-244.
- PUENTE, P. (2009). «Viajes por los paisajes urbanos posmodernos. O de cómo ubicarse en medio del caos». *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 51, 275-304.
- PUGH, J. (2009a). «What are the consequences of the "spatial turn" for how we understand politics today? A proposed research agenda». *Progress in Human Geography*, 33 (5), 579-86.
- (2009b) (ed.). *What is Radical Politics Today?* Palgrave: MacMillan.
- REICHERT, D. (1992). «On boundaries». *Environment and Planning D: Society and Space*, 10 (1), 87-98.
- ROSE, G. (1993). *Feminism and geography: The limits of geographical knowledge*. Cambridge: Polity Press.
- (1995). «Tradition and paternity: same difference?». *Transactions of the Institute of British Geographers, NS*, 20, 414-416.
- (1996). «As if the Mirror Had Bled. Masculinist dwelling, masculinist theory and feminist masquerade». En: DUNCAN, N. (ed.). *BodySpace*. Londres y Nueva York: Routledge, 56-74.
- SAYER, A. (2000). *Realism and Social Science*. Londres: SAGE.
- SCOTT, A.J. (2004). «A Perspective of Economic Geography». *Journal of Economic Geography*, 4 (5), 479-499.
- SHANDS, K.S. (1999). *Embracing Space: Spatial Metaphors in Feminist Discourse*. Londres y Wespert: Greenwood Press.
- SHIELDS, R. (1997). «Flows as a New Paradigm». *Space and Culture*, 1 (1), 1-7.
- SIBLEY, D. (1988). «Survey 13: Purification of space». *Environment and Planning D: Society and Space*, 6 (4), 409-421.
- SIMONSEN, K. (2004). «Differential Spaces of Critical Geography». *Geoforum*, 54 (5), 525-528.
- SMITH, N. (1984 [1991]). *Uneven Development: Nature, Capital and the Production of Space*. Cambridge: Blackwell.
- (1992). «Contours of a Spatialized Politics: Homeless Vehicles and the Production of Geographical Scale». *Social Text*, 10 (4), 55-81.
- (2000a). «Socializing culture, radicalising the social». *Social and Cultural Geography*, 1, 25-28.
- (2000b). «What happened to class?». *Environment and Planning A*, 32, 1011-1032.

- SMITH, N. (2001a). «Marxism and Geography in the Anglophone World». *Geographische Revue*, 3 (2), 5-21.
- (2001b). «New Geographies, Old Ontologies. Optimism of the Intellect». *Radical Philosophy*, 106, 21-30.
- (2004). «Space and the substance in geography». En: CLOKE, P.; CRANG, P. y GOODWIN, M. (eds.). *Envisioning Human Geography*. Londres: Arnold, 11-29.
- (2005). «Neo-Critical Geography, Or, The Flat Pluralist World of Business Class». *Antipode*, 37 (5), 887-899.
- (2008). «Anemic geographies and the politics of postfoundationalism». *Environment and Planning D: Society and Space*, 26, 171-173.
- SOJA, E. (1989). *Postmodern Geographies: The reassertion of space in critical social theory*. Londres: Verso.
- (1996). *Thirdspace. Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places*. Malden, Oxford: Blackwell.
- (2009). «Taking space personally». En: WARF, B. y ARIAS, S. (eds.). *The spatial Turn: Interdisciplinary perspectives*. Oxon y Nueva York: Routledge, 11-35.
- (2010). *Seeking Spatial Justice*. Minneapolis y Londres: University of Minnesota Press.
- SOJA, E. y HOOPER, B. (1993). «The spaces that difference makes. Some notes on the geographical margins of the new cultural politics». En: KEITH, M. y PILE, S. (eds.). *Place and the Politics of Identity*. Londres: Routledge, 183-205.
- SPARKE, M. (2005). *In the Space of Theory: Postfoundational Geographies of the Nation-State*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- STASZAK, J.F.; COLLIGNON, B.; CHIVALLON, C.; DEBARBIEUX, B.; GÉNEAU, I. y HANCOCK, C. (dirs.) (2001). *Géographies anglo-saxonnes: tendances contemporaines*. París: Belin.
- STORPER, M. (2001). «The Poverty of Radical Theory today: From the False Promises of Marxism to the Mirage of the Cultural Turn». *International Journal of Urban and Regional Research*, 25 (1), 155-179.
- SWYNGEDOUW, E.A. (2001). «Marxism and Historical-Geographical Materialism: A Spectre is Haunting Geography». *Scottish Geographical Journal*, 115 (2), 91-102.
- THACKER, A. (2006). «The Idea of Critical Literary Geography». *New Formations*, 57, 56-73.
- THRIFT, N. (2006). «Space». *Theory, Culture & Society*, 23 (2-3), 139-46.
- UPSTONE, S. (2009). *Spatial politics in the Postcolonial Novel*. Surrey: Ashgate.
- URRY, J. (2000). *Sociology Beyond Societies: Mobilities for the Twenty-first Century*. Londres y Nueva York: Routledge.
- WARF, B. y ARIAS, S. (eds.) (2009). *The spatial Turn: Interdisciplinary perspectives*. Oxon y Nueva York: Routledge.
- WOLFF, J. (1993). «On the Road Again: Metaphors of Travel in Cultural Criticism». *Cultural Studies*, 7 (2), 224-39.
- YEOH, B. (2006). «Mobility and the City». *Theory, Culture & Society*, 23 (2-3), 150-152.
- YEUNG, H.W. (1998). «Capital, state and space: contesting the borderless world». *Transactions of the Institute of British Geographers, NS*, 23, 291-309.
- ZIZEK, S. (2002 [2004]). *Repetir Lenin*. Madrid: Akal.
- (2007). *En defensa de la intolerancia*. Madrid: Sequitur.
- ZUSMAN, P. (2002). «Geografías disidentes: Caminos y controversias». *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 40, 23-44.